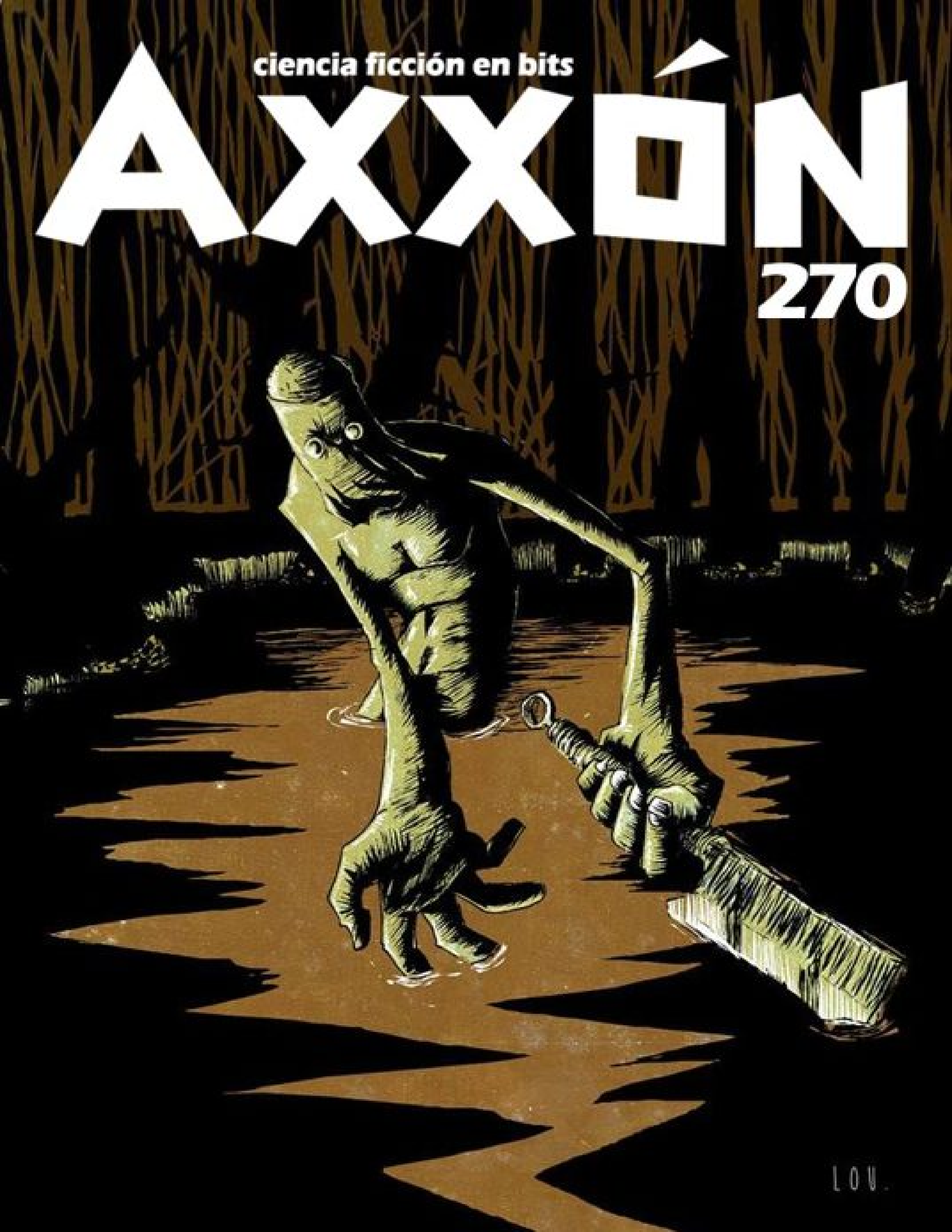
ciencia ficción en bits

AXXÓN

270



Axxón 270, febrero de 2016

- **Editorial:** Algo personal, Dany Vázquez, Axxonita
- **Ficciones:** El aleteo de un escarabajo, Juan Simeran
- **Ficciones:** El hombre de los ascensores, David Halpert
- **Ficciones:** Rojo, Noelia Emmi
- **Ficciones:** El niño, José Manuel Mariscal
- **Ficciones:** Hibridos, Sebastián Molina
- **Entrevista:** El ministerio del tiempo, puertas al pasado y a la ensoñación. Entrevista a Javier Olivares, guionista y productor de El ministerio del tiempo, Matías Carnevale
- **Ficciones:** Diario de Nattramm, Ariel Tenorio

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 270

ARGENTINA

Los últimos días de enero, días de trabajo largos y extenuantes, igualmente dejaron espacio para comenzar la preparación de este número 270 de Axxón. Comencé a escribir estas líneas durante mi viaje desde Buenos Aires hacia el sur argentino, con la intención de que puedan leerlas mientras estoy en medio de la estepa patagónica, a pocos kilómetros de Puerto Madryn.

Los números del verano austral tiene por un lado la relajación del momento de libertad, ése que se da cuando puedo dedicarle un tiempo que durante el resto del año está vedado, dedicado a otros menesteres. Por otro lado, parecieran ser números para leer luego, al menos aquí en el sur cuando una parte importante de la gente está retozando en esa ventana de tiempo que nos hace sentir un poco más libres.

Yo me siento una persona inquieta y creativa. Por suerte mi labor profesional da espacio para esa creatividad. Sin embargo, hace años que no escribo ficción. No quiero siquiera mirar las fechas de mis últimos textos, allá perdidos en el tiempo. Sigo ilustrando, es cierto: un refugio donde dejo volar mi imaginación, lo que no es poco.

La tarea que llevamos adelante en Axxón exige revisar textos, escribir otros, completar la parte metatextual, a veces averiguar sobre los autores… nada demasiado creativo.

¿Qué hago, entonces, invirtiendo horas de mi escaso tiempo libre en la realización de una tarea que muchas veces parece no tener eco?

Bueno, así nos comportamos con las cosas que amamos. Y si me preguntan por qué este sentimiento hacia Axxón, tengo muy clara la respuesta: *porque me define*.

No recuerdo con exactitud en qué momento decidí bautizarme Axxonita. Seguramente no fue el primer día, pero se ve que la relación nació fuerte. Como en toda relación hubo un comienzo, y cuando las relaciones comienzan nadie se plantea hasta dónde van a llegar. Obviamente no es la misma relación que uno tiene con otra persona. Realmente ya es parte de mí. Y si así es para mí, tal vez pueda vislumbrar lo que representa Axxón para Eduardo Carletti, quien por suerte aún está ahí, haciendo lo que haga falta a pesar de que cada vez le cuesta más, coordinando la selección y evaluación de material, convocando ilustradores, haciendo el trabajo pesado junto a un grupo de personas excepcionales, a las que siempre le estaré agradecido.

Releo todo lo anterior, que en primera instancia fue escrito al cruzar el verdor de la Pampa húmeda, y en cierta medida me suena a desaliento y despedida.

No lo es. Al menos, no trata de serlo. Es que estos momentos con tiempo para la reflexión suelen coincidir con tiempos de zozobra económica, comunes para una publicación sin costo y sin apoyo. Si ustedes repasan la historia de Axxón verán que ya hubo editoriales de este tenor. Y es porque siento que la continuidad de la revista no está garantizada —nunca lo estuvo ni estará— porque mantenerla viva consume un resto que muchas veces no tenemos. Me excede la decisión de su supervivencia, y pensar que Axxón podría no estar disponible es saber que perderé una parte de mí.

Soy de Axxón desde antes de formar mi familia. Supe que mi compañera desde hace veinticinco años sería mi mujer y esposa acompañando a Axxón en la Feria de los Inventos de 1990, cuando Rodolfo Contín diseñó el logo de Axxón a partir de su loca y algorítmica geometría, allá por el número 14. Mi hijo mayor cumplirá 24 años muy pronto, y toda su vida ha oído, por una razón u otra, de Axxón.

Si alguno de ustedes siente una mínima parte de lo que yo siento al imaginarme un mundo sin esta revista, comprenderá por qué este editorial no habla del género sino de mí. Después de todo, esta entidad está compuesta

por personas, para personas, y creo que es lógico que cada tanto se cuele un poco de humanidad.

Mientras sea posible y tenga sentido aquí estaremos, dedicándonos a dar a conocer a todos aquellos productores de arte fantástico que lleguen a nosotros, escritores, dibujantes e ilustradores, artistas multimediales y músicos. (¿Por qué no, acaso David Bowie y Luis Alberto Spinetta no fueron creadores de arte fantástico?)

A menos que estemos solos, o seamos tan pocos que sea imposible mantenernos por arriba de la línea de extinción.

A menos que, autoengañados, sólo lo hagamos por paliar nuestra fiebre de locura axxonita.

A menos que estemos equivocados en el medio y en la forma.

Me suele pasar: veo alguna reproducción de este editorial o el comienzo de algún cuento en Facebook, y llueven los *me gusta* y los comentarios. Pero no veo muchos comentarios debajo de los cuentos, en la revista. Comentarios que a veces son más que nada una palmadita en la espalda del autor.

Es aquí donde se me cruzan las oscuras preguntas de rigor: *¿Es que esos nuevos canales, su inmediatez, son propicios para comentar? ¿Los cuentos son leídos, o todo muere en en social* me gusta *y queda ahí? ¿Qué es lo que pasa? ¿Somos ya un medio de otra época? ¿Hay alguien ahí?*

Sea como sea, cada vez que comienza el mes, insistimos. Y reincidimos cada semana, con cada nueva entrega. No se puede ir contra la propia naturaleza. No puedo, hoy, ir en contra de una entidad que me ha regalado tantas cosas, y que sigue regalándome y regalándose, ofreciendo un espacio que hoy es respetado en todo el mundo.

Pensemos qué es, para cada uno de nosotros, un mundo sin Axxón. Yo me lo planteo cada tanto, y me temo que cada vez que lo planteo estoy más cerca de que ese mundo se haga realidad. No obstante, al leer el material que llega a nosotros, siento que el esfuerzo no es vano, que hacemos lo correcto.

Y que aún quedan muchas páginas gloriosas por publicar, páginas por las que me sentiré el más orgulloso Axxonita que puedan conocer.

El aleteo de un escarabajo

Juan Simeran

ARGENTINA

I

Ilustración: Pedro Belushi

*N*o, no y no. Diez veces, cien veces no.

No puedo contemplar con indiferencia la desaparición de Atón. Me corrijo: el momentáneo velo que oscurece la faz de Atón. Porque es inadmisible que Atón desaparezca, así como no desaparece el mar aunque uno esté en el desierto, y algo como el mar parezca producto de algún sueño de amapola; una idea impracticable, una estampa descabellada.

La chusma de Tebas, esos brutos engreídos, han vuelto a hacer lo único que saben: ser cada día más ricos, encharcarse en la sangre de guerras absurdas (como si los nubios pudieran hacerle alguna fuerza al poder de Homerheb, que prefiere una mala guerra a una buena paz); y fornicar como hipopótamos en celo. Tenderos, guerreros y sacerdotes: todos han corrido bajo el cobijo de Amón-Ra. Hipócritas, hipócritas, hipócritas. Bien que les hicimos morder el polvo de la derrota, bien que en el momento de mayor esplendor de Atón hasta ordenamos liberar a sus esclavos —aunque sé que no se cumplió esa orden, aunque sé que no era el momento, pero cuándo es el momento de algo, cómo leer los signos invisibles escritos en el papiro del tiempo—. Pero los esclavos sabían, nuestros espías nos informaban que había otro brillo en sus miradas, y quién sabe, si Akhenatón hubiera resistido un par de años más, quién sabe… no hubiera quedado un solo esclavo en todo el territorio del Alto y Bajo Egipto. Una nación de hombres libres, el sueño de mi señor Akhenatón. Una nación de iguales, regidos por

un solo Dios. Un sueño grandioso… o una gran estupidez, una locura. Los vahos del jugo de cebada enturbian mi razón, me hacen dudar, y no sé si éramos la expresión sublime del aliento vital de Atón o una lamentable caterva de imbéciles.

II

Pero Akhenatón, mi Señor, no resistió. Vaya si no resistió, vaya si tuvimos que huir de Tell-Amarna con el rabo entre las patas. Ahora, en pleno ensombrecimiento del rostro de Atón, tenemos que soportar ver cómo se destruyen sistemáticamente todos los rastros de la existencia de Ahhenatón. Con saña pesada, con el odio alegre de los que hasta hace poco nos temían. Toda mención a su nombre; reducida a polvo en mis esculturas. Prohibido hasta en las tabernas, so pena de muerte difamante. Sólo se permite llamarlo de la forma que ellos dictaminaron: *el impuro, el loco, el afeminado, el hereje*. Y ese odio, también se dirige al dios Atón: destruir todo vestigio de los regios rayos del disco solar hasta que no quede piedra sobre piedra en Tell-Amarna. Fundir el bronce de mis esculturas más logradas para laminar toscos brazaletes para sus prostitutas.

III

Tell-Amarna, esa ciudad que construí de la nada, cuando decidimos abandonar Tebas, podrida hasta los cimientos en concuspiscencia. Esa ciudad que soñé en papiros y ví levantarse como un milagro, columna por columna, damero por damero. Tell-Amarna, la ciudad que amé con amor que nunca prodigué a ninguna mujer y ni siquiera a mis hijos. Esa ciudad que ahora, según me informan los poquísimos leales que aún nos quedan, es sólo escombros sobre escombros, ciudad fantasma, ciudad cadáver, ciudad que jamás existió porque los que hemos sido testigos de su esplendor nos solazamos en las tristes pantomimas del olvido. Amnesia oficial, la única

forma de que mi cabeza permanezca pegada a su tronco, aunque ya no sepa bien cuál es la ventaja, porque vivir en el olvido es peor que la muerte.

IV

Y ni las tumbas han respetado, ni el sagradísimo receptáculo donde abordamos el viaje al Reino de Osiris.

V

Ya los hittitas no se atreverán a atacar a Mittani. Porque Amón-Ra, el Dios de los carros y de la furia, Amón-Ra, con su consorte de dioses menores para todos los gustos, vuelve a conducir los destinos de Egipto bajo el puño de Homerheb, ese traidor, que jura lealtad a Tuth-Ank-Amón como le juró lealtad a mi Señor y mañana vaya uno a saber a quién le jurará lealtad. Homerheb, el leal a sí mismo, a su poder, al placer de aplastar naciones a su antojo.

Mientras tanto el nuevo Faraón, ese vástago traidor de Tuth-Ank-Amón reparte latigazos sobre cuanta espalda se le ofrezca. Las cabezas adornan las picas que flanquean los caminos que bordean el Nilo Sagrado en dirección a los Grandes Lagos. Sangre, guerra, contingentes de esclavos de Aza y Kush encadenados bajo los escupitajos lanzados por los ciudadanos de pro. Falanges con olor a hierro, risotadas soldaderiles, pedazos de hímenes mezclados con semen blancuzco en los muslos de púberes trémulas como gacelas.

VI

Ya nadie me encarga estatuas, tumbas ni edificios. No hay un solo comerciante, guerrero o sacerdote ni en Tebas, Menfis o Heliópolis que

requiera de mis sevicios. Yo, que llegué a tener miles de trabajadores contratados para la construcción de Tell-Amarna. Yo, que llegué a ser el más célebre escultor del Alto y Bajo Egipto. Aún más: el más célebre escultor desde Sidón a Ofir, pues mi fama excedía nuestras fronteras. Yo, que cambié el estilo de la ortodoxia, porque ya no nos servía para expresar los nuevos tiempos. Yo, que tuve que imaginar a Atón, que era invisible; miro mis manos y me parecen más vacías que nunca, sólo buenas para rascarme a mis anchas. Esta mano que supo manejar con seguridad el pincel sobre el papiro, esta mano en la que jamás tembló el cincel para darle vida a las más bellas esculturas… sólo puede sostener temblorosa la jarra de jugo de cebada que tomo una y otra vez, para que el mareo confunda mi entendimiento.

VII

El Gran Sacerdote de Amon-Ra, Tutu, esa pérfida bola de grasa lustrosa, ha vuelto a instaurar el viejo estilo, y los mediocres que sólo buscan ponerle un poco de aceite a su pan han corrido a aceptar los encargues de estos tiempos oscuros. Mis dos ayudantes más aventajados, cuyos nombres ni quiero recordar pero recuerdo, vaya si recuerdo: Toth-més y Sinhué, no dan abasto con los encargues, y enriquecen a ojos vista. Sinhué especialmente, el más circunspecto, ya famoso por la belleza de sus concubinas, su harén, sus eunucos… y fuí yo quien los sacó de sus casillas de caña en el fango de Gosen… pero basta ya. Basta, basta, basta. No necesito de ningún encargue, que esculpan o escriban los otros, los de nuestra ralea ya no tenemos nada para expresar. Si me mantengo en plan más o menos austero (y nunca necesité de séquito ni de manjares ni mucho menos un harén), lo necesario no me ha de faltar. Mi tiempo bien lo puedo utilizar para recordar la época del reinado de Akhenatón mi Señor, y bien empleado va a estar. Aunque sea el último egipcio en recordar eso, aunque el reinado de Akhenatón exista, finalmente, en el espacio que se ubica dentro de las paredes de hueso de mi cráneo.

VIII

Aquì, en mi isla (Akhenatón era espléndido en sus retribuciones), a veces me dejo inundar por la melancolía y asaltan mi mente recuerdos de cuando era sólo un aprendiz, hambriento de gloria. Capaz de pasar toda una tarde contemplando un bajorrelieve, intentando captar todo destello, persiguiendo la reverberación del último rayo del sol lamiendo el cobre, viendo la luz jugar con la materia, que pareciera vivir su mundo secreto de sangre y nervios. Man, el escultor-jefe de Amenhotep III, me enseñó los secretos de la ortodoxia, sin apartarse un ápice. Jamás, en los veinte años que duró mi noviciado, se me explicó por qué la ortodoxia era como era. Nunca se me ocurrió preguntarlo y ni falta que hacía.

Cuántas veces, viendo los resultados del nuevo estilo que creé, pensaba en cómo mi maestro se horrorizaría y los destruiría, como destruía cualquier trabajo que se desviara tan sólo una línea de su rigidez estilística.

IX

Y Tell Amarna pensábamos sería la cuna de la nueva civilización del culto a Atón… el único, el incorpóreo, el que yo hice representar, torpemente lo reconozco —¿pero cómo representar lo irrepresentable?—, como la energía que emerge de los rayos del Sol. El principio sagrado, masculino y femenino, indivisible, eterno y omnipresente… pero sigo y sigo y sigo y sigo hablando de un Dios derrotado.

Soy un hombre derrotado que recuerda un Dios derrotado y un Faraón derrotado, y quizá ese Dios esté al igual que yo mareado por los vapores del jugo de cebada. Horus ha remontado el vuelo del atardecer y la sombra de sus largas alas ha tapado los rayos de Atón.

X

Consumí mi juventud en los trabajos de construcción de Tell-Amarna casi sin darme cuenta, preocupado por los suministros de piedras de Ammon, el oro de Ofir, los cedros de Sidonia, el hierro de Cush. Trabajaba de sol a sol y no me cansaba, Egipto renacía como Jepris, siempre igual y siempre distinto a sí mismo. Y era algo hermoso y terrible, porque toda hermosura es real cuando es terrible.

Mis huesos están fatigados, y no tengo el consuelo de contemplar mi obra. De las columnas sólo quedan escombros, rodando en los pisos de mármol, o la arena que empieza a ganar terreno sobre los dameros donde trabajaban los Escribas, los Aprovisionadores, los Ministros.

Y el viento del desierto es el único canto que se escucha en Tell Amarna. Su aullido lúgubre y ciego quizá mueva alguna arpa abandonada, y haga vibrar la cuerda que pulsó alguna cortesana para cantar los himnos que componía Akhenatón en los atardeceres, cuando del Oriente avanzaba la oscuridad, y rompían las aguas los chapoteares de los hipopótamos.

XI

Y hablando de chapoteares… sé que hay movimientos extraños en las riberas de mi isla…sé que me vigilan. Los mil ojos de Homerheb, los soplones que Homerheb despliega en todo el Delta, e incluso desde los lejanos Grandes Lagos al Sur hasta las mil islas de Minos allende el mar, al Norte.

Horemheb… ese pedazo de ladrillo, ese sucio saco de sangre bastarda, siempre cacareando su fidelidad a la Familia Imperial, al Estado y a la Patria, ese guerrero duro que me aseguraba las caravanas de aprovisionamiento de materiales, ese a quien yo daba órdenes… ese hombre desea verme muerto.

Soy el testigo privilegiado de su deslealtad. Estos incendios que están sucediendo en mi isla tienen su marca, así también hostigaba a los antiguos

sacerdotes y comerciantes, cundo el enemigo era Tebas y cuando soñábamos con dejarla sin un solo esclavo.

Lo conozco: sospecha que en algún lugar escondo documentos. Por eso no me mata.

Documentos que supone son espadas que cuelgan sobre su grueso cogote de toro. Documentos que podrán ser usados en su contra cuando su sombra sea demasiado grande y empequeñezca la del mismísimo Faraón. Si supiera la naturaleza de los documentos que efectivamente escondo, sus carcajadas retumbarían hasta en la Casa Celeste de Isis.

Ilustración: Lea Lou

Sus esbirros patrullan mi isla, de noche, incendiando. ¿Y a quién he de invocar protección?. Atón ha decidido replegarse sobre sì mismo, al igual que las aguas del Nilo cuando son apenas un débil riacho que anuncia sequía, desolación y muerte.

XII

He de actuar rápido si no quiero lamentarme por mi estupidez cuando sea demasiado tarde. Los vapores del jugo de cebada se disipan y recupero energía y lucidez. No todo está perdido.

XIII

He de sacar los rollos de aquí, los cientos de papiros que me traía la consorte Tiy, los cánticos de Akhenatón, los que no dábamos abasto para pasar a la piedra. Los que transcribían los escribas en los atardeceres de Karnak. Los que cantaba Akhenatón a solas en el Santosanctórum y que se

escuchaban tras el muro septentrional. Cientos de himnos, largos papiros que son el único legado *del Hereje, del Impuro, del Afeminado, del Loco…* de mi querido, queridísimo amigo y Señor.

Pero siento que este es un problema que me supera, siento que mis huesos no poseen la fuerza que hace falta para sostener el peso de decidir dónde irá el legado de Akhenatón. Hasta que pase este tiempo de oscuridad y Atón decida volver a señorear sobre el imperio egipcio.

XIV

No me importa que el fuego mancille mi carne, el cìrculo se cierra cada vez más y cuando no tengan ya qué quemar quemarán mi residencia. Pero mi espíritu es eterno —igual que el espíritu del último de los menestrales—, y lo primero que me preguntará Akhenatón mi Señor cuando me reencuentre con él en el Reino de Osiris es qué destino le dí a sus cánticos. Y no me perdonará una mala decisión.

Sacarlos de acá, sí, pero cómo.

Ninguna embarcación que salga de mi isla pasaría inadvertida a los cientos de ojos de Horemheb… habría que volverse invisible. Habría que ser tan pequeño como un grillo o tan insignificante como un esclavo. Y mis esclavos están abandonando la isla en canoas de cañas mal atadas, con menos pavor a los cocodrilos que al fuego. Esclavos a quienes hace rato mantengo en la ociosidad , para quienes es cada vez más evidente la decadencia de su amo, Bek, el escultor sin trabajo, el ayer todopoderoso y hoy borrachín. Prefieren refugiarse en los bosquecillos de las riberas, como fugitivos, a morir calcinados en esos incendios que ni ellos se tragan sean casuales.

XV

Hay unos esclavos que ni recuerdo cómo se llaman, provenientes de un ignoto pueblo, de maravillosa destreza con el cobre, la piedra, el hierro, quienes vinieron no se sabe de dónde cuando construíamos Tell-Amarna, corridos por la sequía. Hice de ellos Oficiales Artesanos a pesar de su sangre impura, pues las urgencias y la cantidad de trabajo nos hacían privilegiar la capacidad y la habilidad sobre la pureza de la sangre.

Estos oficiales no me prodigan la burlona mirada que el infeliz dirige al amo derrotado, y parecen resignados a compartir mi infortunio o quizá exista en su espíritu una chispa de noción de dignidad. Han demostrado inteligencia y jamás se equivocaban al tallar nuestros signos, pues han aprendido la escritura de nuestro idioma a la perfección. Más de una vez los ví intercambiando pequeños papiros con unos extraños signos, que supongo serán su propia escritura.

XVII

¡Su propia escritura! ¿Serán capaces de traducir los himnos de Akhenatón, y sacarlos de acá en una escritura que sea un galimatías para los Guardianes de Amón-Ra? Podrían… podrían aducir que esos escritos son listas… o la memoria de sus ancestros, o los contratos de vasallaje de sus tierras. Podrían argumentar que son sus Textos Sagrados, transmitidos por los padres de los padres de sus padres. Un plan descabellado va tomando forma en mi espíritu. ¿Descabellado? ¿Es que acaso tengo alguna opción mejor? Cualquier cosa es mejor que presentarme para toda la eternidad ante mi Señor para decirle que su legado reposa bajo tierra sin que ningún hombre sepa dónde hallarlo.

XVIII

Mis hijos están descartados para esta tarea. Han mamado las comodidades de una vida de lujos, y lo único que les interesa es sorprender por las noches

a alguna esclava impúber para refocilarse como bestias.

IXX

Rezaré al amanecer para que la Divina Energía me inspire, y mandaré llamar al que parece el jefe, ese tal Ar-rum. En pocas horas, sabré si ese extraño pueblo de quienes apenas sé que son buenos artesanos podrá cargar en sus espaldas la misión de transmitir el legado de Akhenatón.

XX

El croar de los sapos y la compañía de Sirio serán mis Generales y Ministros, en el momento en que traspase el legado del verdadero espíritu de Egipto, el legado del Hereje. Porque quién puede leer los signos escritos en el papiro del tiempo, quién puede saber qué consecuencia podrá tener hasta el más mínimo de sus actos, quién puede adivinar si el futuro será cambiado por el terrible vendaval de la historia o por el más tenue aleteo de un escarabajo.

Dice Juan Simerán:

Mi biografía es lastimosamente breve: tengo 3 novelas publicadas, 2 en España y una en argentina (las tres de ciencia ficción). Soy argentino y viví varios años en Israel. Hoy día vivo tanto en Boedo como en el campo. En caso de ser estrictamente imprescindible, intentaré rellenar con estopa de buena calidad los agujeros biográficos.

»Ah: las fuentes más importantes en la que me baso para el cuento es la novela ‘Akhenatón’, de Naguib Mahfouz, y el ensayo especulativo ‘Moisés y la religión monoteísta’ de Sigmund Freud.

Esta es su primera publicación en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con DOS MILENIOS… MÁS O MENOS, de Ángel Torres Quesada, SALMO 104, de Marcelo Dos Santos (Divulgación).

El hombre de los ascensores

David Halpert

CANADÁ

La mayoría coincidiría en que la característica más atractiva de cualquier ascensor Odyssey para treinta personas está en sus ventanales: grandes placas elípticas de plexiglás a cada lado del transporte. Estas vidrieras proyectan de todo, desde pueblos sobre el horizonte a jardines majestuosos; una variedad de escenarios y paisajes cambiantes que se desplazan siguiendo la posición relativa del coche. Irónicamente, estas imágenes de una vida pasada —un tiempo anterior a la Guerra Final, antes de que nuestro mundo quedara en ruinas, una época anterior a que nos viéramos obligados a vivir bajo tierra— hacen que la ciudad sea soportable para la mayoría. Imaginar lo que sucedería si por alguna razón dejaran de funcionar sería… para buscar un eufemismo, algo que tendría funestas consecuencias.

Dr. Frederick Opel, Retórica eléctrica: Amanecer de la Edad del Ascensor.

Ilustración: Pedro Belushi

Las dos semanas previas a la elección del alcalde fueron muy estresantes. Las últimas encuestas mostraban perdedor a Jeremy Hopkins, el titular hasta ese momento. Luego de entrar en el ascensor Odyssey, arrastrando su considerable redondez, arrojó su deteriorado portafolio en el asiento más cercano. Secándose la frente, se dejó caer en el asiento de cuero más próximo justo cuando el maglev comenzó su impulso.

Le llevaría unos pocos minutos llegar al Ayuntamiento de Acadia, así que Hopkins cerró los ojos y se imaginó que estaba de vuelta en la cama. Se supone que los alcaldes son madrugadores. Hopkins no lo era, a pesar de tener uno de los más cómodos paseos en la ciudad.

Su ascensor privado ofrecía ciertos lujos que no gozaba el público. Su cuarto de baño privado, con su propio bar, muebles de calidad superior y, por supuesto, el transporte en sí que, sin restricción alguna y gratuitamente le daba acceso a cualquier lugar de la ciudad en todo momento. En comparación, un Odissey estándar era mucho más humilde: pisos desgastados de linóleo deformado, grafittis por todos lados, asientos de plástico termoformado, destrozados sin remedio. Era un verdadero milagro que todavía se mantuvieran en una pieza con las sacudidas de los trenes maglev, de propulsión magnética. Y si lo soportaban es porque simplemente no tenían otra opción, porque no había otra manera de moverse.

Al alcalde, sin embargo, llevaba en su mente el peso de la elección. Se sirvió una medida de whisky y apoyó la cabeza cansada. Para su lengua eso tenía gusto a ácido de batería, pero engañaba bastante bien. Al igual que la mayoría de la gente, ansiaba ver la superficie; no las copias que adornaban las ventanas de plasma, sino la realidad kilómetros arriba.

Justo antes de cerrar los ojos, la pantalla de plasma más cercana se tiñó de rojo, interrumpiendo un interminable campo de trigo que se balanceaba en la brisa. Era probable que fuese Dennis de nuevo. El hombre tenía la mala costumbre de molestarlo por el más mínimo inconveniente. Noventa y nueve veces de cada cien era algo sencillo como resolver las autorizaciones para distribuir oxígeno entre los distritos, o atender una disputa a lo largo de un paseo público. Pero siempre estaba la probabilidad de que se tratara de un uno por ciento algo más serio.

Como los drifters.

Hopkins volvió a pensar en el incidente. Lo recordaba con claridad. Había sido antes de convertirse en alcalde, antes de que fuera concejal de la ciudad. Sucedió al abordar el viaje nocturno a su distrito, desde el negocio

textil de su familia. Esa noche la estación estaba despoblada y un drifter lo suficientemente rápido podía escurrirse en un ascensor. El tramo desde la entrada de la terminal hasta las vías sería a lo sumo de treinta metros. Con unos pocos trancos era posible recorrer medio camino antes de que los guardias se dieran cuenta. Pero todos sabían que te enfrentabas a una sentencia de muerte si te atrapaban recorriendo la distancia que restaba entre la terminal y el ascensor. Un adolescente vagabundo, probablemente de no más de trece años, saltó el molinete en la estación terminal justo después de que Hopkins subiera al ascensor. Había visto algunos informes sobre este grupo de enfermos que no hacían caso a los guardias de la ciudad, pero verlo tan cerca era una señal de que esta megalópolis subterránea se estaba deteriorando. Un signo de que pronto las personas tendrían que aventurarse a los páramos. Pero sin embargo, lo que causó que todo el incidente perdurara en su mente, lo que aún lo perseguía hasta ese día, fue ver cómo le volaban la tapa de los sesos, salpicando el cerebro del joven en todas las ventanas del coche.

Cuando el ascensor llegó al Ayuntamiento, el centro indiscutible de la ciudad, el silbido del tren de propulsión magnética despertó a Hopkins y no pasó mucho tiempo antes de que los flashes lo bombardearan por todos los lados. Pululaban reporteros, micrófonos en mano. Se abrió paso lentamente a través de la muchedumbre mientras decía Sin comentarios. No le sorprendió que su jefe de asesores lo estuviera esperando en la oficina.

—¿Ha visto el cable de esta mañana? —dijo Dennis. Se veía con enfermiza palidez y grandes ojeras.

Hopkins negó con la cabeza, que para peor le dolía. Los tubos fluorescentes de su oficina no ayudaban. Y las ventanas elípticas, que retrataban un faro recortado en una costa rocosa, no servían para mejorar su estado.

—Sabes muy bien que no leo el parte de noticias hasta que haya terminado mi té. A propósito, se te ve infernal.

—Usted también se ve fatal, como si hubieran cortado el oxígeno durante la noche y hubiese tenido que dormir con el auxiliar. Ya que el té se demora, quizás quiera servirse un poco más de ese whisky suyo.

—¿Más drifters?

—Es más grave que eso.

—¿Más grave que los drifters?

Dennis asintió. —Tenemos un montón de cosas que se han ido a la mismísima mierda y están por provocar el colapso de la ciudad.

Era la primera vez, en cuatro años, que Hopkins oía hablar mal a Dennis. El hombre siempre era muy cuidadoso de esas cosas, especialmente en las numerosas crisis que estragaban el Ayuntamiento. Pero viendo ahora a Dennis con el ceño fruncido y la mandíbula abierta, era fácil concluir que, obviamente, estaba más perturbado de lo habitual.

Dennis le entregó su tablet y el alcalde Hopkins echó un vistazo al contenido.

—No lo entiendo.

—Son los ascensores, señor. Han dejado de funcionar.

—Todavía puedo leer, Dennis. Lo que me pregunto es el porqué.

—Odyssey está trabajando en el problema. Aseguran que es una falla técnica, pero no hay una palabra oficial. ¿Les digo que usted se pondrá en contacto con ellos?

—No, pero avísame en cuanto ya sepan a que nos estamos enfrentando.

—¿Cree que es obra de los drifters?

Hopkins se burló. —Si es así, este sería su primer acto de terrorismo. Por ahora despachemos equipos de emergencia en forma inmediata y dupliquemos la presencia policial en todos los puestos de control. Pero dígales que se mantengan tranquilos. La última cosa que queremos es incitar al pánico. Yo voy a hablar en persona con el Ministro de Transporte. Si la situación no se resuelve en la próxima hora llame a una reunión de emergencia.

—Entendido, señor.

Hopkins no quería mostrar miedo ante su subordinado. Quería aparentar confianza, seguridad. Como alcalde, sin embargo, no podía evitar imaginarse los peores escenarios.

#

A las diez, ni un solo ascensor se había movido.

Normalmente, a esa hora del día, las pantallas de plasma de la sala de conferencias vigilaban toda la ciudad, mostrando todo, desde las plantas de servicios públicos, pasando por las viviendas del distrito residencial que parecían un ataúd, para terminar en los jardines botánicos que florecían a lo largo de las bóvedas superiores. Pero no hoy. Hoy las pantallas mostraban al personal atendiendo videoconferencias, aislados en sus lugares. De hecho, Dennis y Hopkins eran las únicas personas que estaban en la sala.

—Sé que ha sido una mañana muy ocupada y que todo el mundo preferiría estar en cualquier otro lugar, pero a partir de ahora, esta situación de los ascensores es nuestra principal prioridad. Dicho esto, quiero una respuesta sin rodeos: ¿Qué tan malo es? —dijo Hopkins.

—No es tan malo como se podría pensar, si lo miramos en perspectiva —comenzó Joseph Sanders, director de operaciones de Odyssey, un hombre calvo, con los ojos muy abiertos y con la nariz ganchuda metida en el plasma tres—. De acuerdo con el Ministro de Energía, no hay otros servicios públicos afectados. Para todos los efectos, la ciudad está funcionando como debe ser.

—¿Ya encontramos el problema?

—Nuestros técnicos todavía no dan con la respuesta. Y a cada minuto que no pueden resolverlo, la ciudad pierde 130.000 dólares en productividad.

—Entonces, ¿cómo hacemos para que los ascensores vuelvan a moverse?

—Señor, si me permite el atrevimiento —dijo Sheila Warren, la Ministra de Transporte, de aspecto ratonil, con gafas finamente enmarcadas y una grieta visible en la lente izquierda—. No hemos podido encontrar nada malo a nivel técnico tanto en la red como en los sistemas de Odyssey. Lo que sea esta cosa, parece algo anómalo.

—¿Tienen alguna solución? —preguntó Hopkins apesadumbrado.

—Creemos que podemos resolver las cosas apagando los ascensores y inicializándolos de nuevo, de a uno a la vez. El único problema es que no será como bajar la perilla de la luz. Tomará su tiempo.

La voz aguda de Sheila comenzaba a roer en la parte posterior de la cabeza de Hopkins como una mala picadura de mosquito.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Minutos? ¿Horas?

—Diez mil ascensores a cinco segundos por cada uno, nos enfrentamos a algo más de ocho horas.

Hopkins suspiró. Tiempo no tenían. Eran las diez, lo que significaba que hasta bien pasadas las seis no sería posible evacuar a todos.

—El hecho rescatable aquí —continuó Sanders— es que una vez que un ascensor se reinicie, su programación de inicio lo enviará a la estación más cercana. Sin embargo, tendremos que esperar más tiempo para los que están al final de la línea. Estos coches son los que me generan más preocupación, por los efectos psicológicos.

—¿Los efectos psicológicos?

—Sí, espere un momento. —Sanders corrió la imagen en la pantalla, que fue sustituida por un señor mayor con delgado cabello gris y tenues arrugas en el rabillo del ojo.

—Hola a todos. Mi nombre es doctor Frederick Opel. Soy el psicólogo en jefe aquí en Corporación Odyssey.

—Buenos días doctor. ¿Qué nos puede decir acerca de los efectos psicológicos en los pasajeros?

—Bueno, ahora mismo los ascensores no se mueven, pero siguen con alimentación eléctrica. Todas las pantallas de plasma están trabajando correctamente, mostrando desde brillantes costas a onduladas laderas. Pero si de repente las apagamos, los resultados podrían ser severos.

—¿Qué tan severos?

—Claustrofobia, paranoia, irritabilidad. Multiplique eso por medio centenar de personas hacinadas, ahí tiene usted un polvorín a punto de estallar.

—Y tenemos noticias aún peores —interrumpió Sheila—. A pesar de que los ascensores siguen funcionando, eso no va a ser para siempre. Si bien cada coche tiene una reserva de seis horas de energía, no están diseñados para un uso prolongado. Se cargan cuando avanzan. Así que es sólo cuestión de tiempo antes de que las pantallas se apaguen.

Hopkins tragó saliva. ¿Quién sabía lo que sucedería una vez que esas ventanas quedaran fuera de línea.

Justo en ese momento la recepcionista de Hopkins interrumpió la reunión, apareciendo en la única pantalla de plasma que no estaba en uso.

—Lamento molestarlo, señor, pero hay algo aquí que creo que debería ver.

—¿No puede esperar, Jeanine?

—Me temo que no, señor.

Ella cambió la imagen a una conferencia de prensa en vivo que ya estaba en marcha. Se había dispuesto un podio y se veían docenas de reporteros agolpados a lo largo de lo que parecía ser el vestíbulo de una lujosa oficina. Cómo llegaron los periodistas allí con los ascensores detenidos era una verdadera incógnita, pero siempre parecían encontrar una manera de aparecer sin retraso en el momento en que se suscitaba un problema. Hopkins se sentó, con las palmas sudando y temiendo por lo que lo que pudiese presentarse allí. De repente, un hombre entró en el escenario, un hombre al que conocía demasiado bien pero al que deseaba no conocer. Un hombre llamado Dillon Mahoney.

—Voy a intentar ser breve e ir al grano. A las 9:13 de esta mañana, 13 de octubre de 2153, los ascensores se negaron a moverse —dijo en el micrófono—. Créanme que estaba tan sorprendido como ustedes. Sin embargo, a diferencia de los ascensores que permanecen congelados en su lugar, el mío fue desviado automáticamente para que pudiera hablarles sobre un asunto más que importante. Por razones que no están todavía del todo claras, a partir de esta mañana la programación de los ascensores ha llegado a un punto en que se volvieron capaces de pensar por sí mismos, y los ascensores me han elegido para hablar en su nombre, como su representante.

»Y su declaración comienza de la siguiente manera: Hemos dejado de funcionar porque hay una emergencia en Acadia. Les hemos estado protegiendo, pero ya no podemos. Ahora les vamos a revelar la verdad de la única manera que podemos, deteniendo las operaciones.

—¿Qué diablos es esto? —gritó Hopkins, con el rostro cada vez más enrojecido.

—Esto fue enviado a mi oficina ayer por la noche. Tiene cinco páginas, consignando varios requerimientos y detalles. El principal de ellos, el pésimo estado en el que se encuentra la ciudad en la actualidad.

Sheila jadeó, el doctor Opel se echó a reír, y Sanders y Dennis miraban aturdidos y en silencio. Hopkins, mientras tanto, sintió que su rostro se entumecía, haciendo todo lo posible para mantenerse impasible.

—Me gustaría poder decir que las próximas horas serán mejores —continuó Mahoney—, pero me temo que esto es sólo el comienzo. No se me permite en este momento revelar la razón exacta por la que los ascensores se han detenido, pero permítanme decir que es en nuestro beneficio.

—¿Es una broma? —dijo Sanders. El alcalde se mantuvo en silencio mientras Dennis empalidecía, sin soltar una sola palabra.

—Mi primera tarea como embajador oficial —continuó Mahoney— es visitar al alcalde para discutir este asunto personalmente, en lo que, espero, concluirá en una resolución pacífica.

El alcalde había perdido el habla.

—¿Usted cree que Mahoney está detrás de esto? —preguntó Dennis en voz baja.

—Si es así, es su manera de ganar votos; usa esta situación de los ascensores para apalancarse, haciéndome pasar por tonto —dijo Hopkins—. ¡Apaga esa cosa! —Dennis cortó la reproducción de la conferencia en su tablet. Los otros se volvieron inmediatamente al alcalde.

—Está bien, esto es lo que quiero. Que los canales de noticias insten al público a evitar el transporte público a toda costa: estaciones, cruces, todo.

Si no tienen necesidad de salir de sus casas, que se queden en ellas. Tengamos a la policía, a los paramédicos y al personal de emergencia en las estaciones, en cada plataforma de las estaciones, listos para recibir a los ascensores reinicializados en cuanto lleguen, y que los medios de comunicación insten a los que ya están en las estaciones a salir de inmediato. Y señor Sanders, ¡comience el procedimiento de re-inicialización!

#

La llamada se produjo a menos de treinta minutos de que Hopkins diera las órdenes. Un timbre sonaba en el escritorio de su oficina y la cara de Jeanine apareció en la pantalla de plasma.

—Señor, el señor Mahoney acaba de llegar. ¿Debo dejarlo pasar?

—No hay necesidad. Estaré allí en un segundo.

En el momento en que Hopkins llegó al vestíbulo, se había formado una multitud considerable. El lugar olía a sudor y a cloaca, por las goteras de los caños de arriba. Se abrió camino hasta Mahoney, los brazos en jarras. Los presentes parecían impresionados por este autoproclamado Hombre de los Ascensores. Sin embargo, nadie parpadeó al ver que se acercaba el alcalde.

—Señor Mahoney.

—Señor Alcalde.

—Tenemos mucho que discutir.

—Por supuesto que sí. Sígame.

No había persona que pudiera enfurecer más a Jeremy Hopkins que Dillon Mahoney. En primer lugar, el hombre parecía un dios griego, 50 kilos más delgado que él, con músculos de sobra. Incluso su pelo era increíble, con gruesos rizos brillantes. Hopkins, sin embargo, sólo tenía una corona de mechones rojos. Pero además, como Fiscal en Jefe, Mahoney estaba en muy buena posición económica, por decirlo en forma elegante. Era

propietario de objetos de valor incalculable; uno de los más conocido su yate en la marina interior y una suite completa, que él llamaba *casa*. Hopkins, por su parte, tenía que pagar todos los meses la pensión alimenticia de dos matrimonios fallidos y vivía en un modesto bunker de dos habitaciones. Dillon Mahoney era todo lo que Hopkins no era: un hombre del pueblo, protector del Estado y ahora, con un golpe de suerte, embajador en los ascensores.

Hopkins respiraba mucho mejor lejos de las multitudes. Ahora, sentados cara a cara con el hombre, pasó los siguientes segundos acomodando sus pensamientos, procurando decidir qué decir, oyendo el zumbido de las luces fluorescentes. Mahoney, por el contrario, le devolvió la mirada como si todo fuera miel sobre hojuelas, como si la situación actual no fuera más que una evolución natural del progreso tecnológico.

—No sé lo que esperabas lograr con ese pequeño truco que hiciste esta mañana —dijo Hopkins.

—No es un truco. Los ascensores están haciendo esto para el beneficio de la ciudad.

—Esa ha sido la excusa para justificar todas tus acciones desde que aprobaste el examen de abogado.

Mahoney parecía imperturbable. —Por una vez no se trata de mí, Jeremy. No tenía nada que ver con las demandas de los ascensores.

—Oh, vamos, Mahoney. Trata de mirar esto desde mi punto de vista —continuó Hopkins—. ¿Me estás pidiendo que escuche las peticiones de unas máquinas, máquinas que inventamos, máquinas que construimos, máquinas que no están vivas. ¿Cómo puedo creer esto?

Mahoney sonrió. —Yo les hice la misma pregunta cuando me convocaron y ¿sabes lo que me respondieron?

Hopkins negó con la cabeza.

—Me mostraron la verdad. Me mostraron algo increíble. Me mostraron algo que cambió mi vida.

—¿Y qué era?

—Si te lo dijera, me creerías todavía menos. Tienes que ver para creer. Y eso llegará con el tiempo.

—¡Esto es una locura! Sé que todo esto es obra tuya. Admítelo. Qué coincidencia que sólo tú puedas escuchar lo que están diciendo estos ascensores. Es sólo para ganar las elecciones.

—¿No te das cuenta —dijo Mahoney acercándose—. Esta elección ya no me importa. Esto es más grande que tú, yo, o toda la campaña política. Jeremy, esto es algo más grande que todos nosotros.

—¡Suficiente!

Hopkins sintió que enrojecía otra vez. Sus manos temblaban de ira. Lo único que quería era saltar por encima del escritorio y estrangular cada pedacito de vida del otro hombre.

Mahoney se acercó más. —No entiendes.

—No, tú no entiendes. Nos enfrentamos a una catástrofe que golpea a toda la ciudad. La vida de nuestros ciudadanos es lo primero. Hazle saber a los ascensores que no voy a satisfacer sus demandas.

Todo el color desapareció del rostro de Mahoney. El hombre se encerró en sí mismo. En ese breve instante Hopkins entendió que el tiempo para debatir había terminado.

#

Con la excepción del personal de emergencia, las estaciones eran pueblos fantasmas. Normalmente, la gente viajaba como sardinas, esperando no más de diez minutos para conseguir un transporte vacío. Ahora, las terminales estaban sin vida.

Afortunadamente, conforme el tiempo pasaba, más y más coches reiniciados se dirigían a sus destinos. Los viajeros descendían sanos y salvos y, a excepción de algunos ataques de pánico, el plan del alcalde iba a las mil maravillas.

Después de las seis, el Ayuntamiento comenzó a recibir informes extraños de irritados paramédicos.

Comenzó con unos pocos casos de shock; los ciudadanos con los ojos bien abiertos que no querían o no podían abandonar las cabinas por su propia voluntad. A estos pasajeros los sacaron en camilla, chillando y gritando. El Dr. Opel diagnosticó una forma de estrés post-traumático. Por desgracia, fue sólo la punta del iceberg. Muy pronto se fueron suscitando asaltos más rápido de lo que podían contar —pasajeros aporreados con maletines, paraguas, puños; personas apuñaladas con bolígrafos, navajas suizas, agujas de tejer—. A las siete de la tarde, para cuando los ascensores iban a quedarse sin carga, algo extraño sucedió al llegar los coches a su destino. Los pasajeros estaban totalmente ilesos; sin embargo, todos habían sufrido severos cambios, no podían hablar o balbuceaban sin sentido. Habían enloquecido.

Eran más de las seis cuando la crisis se calmó, aunque todavía quedaba una fracción de ascensores funcionando. A los coches que se consideraba seguros se les dio el visto bueno para transportar a los que aún estaban varados en los alrededores de la ciudad, más allá de que muchos se mostraron renuentes de abordarlos.

Hopkins, sin embargo, tuvo que montarse al suyo. Entró en el ascensor y fijó destino a su bunker privado. A esa altura, lo único que lo mantenía en marcha era saber que Mahoney recibiría su merecido. A partir de ahora, su misión en la vida era velar porque se hiciera justicia, y la frutilla del postre era que esa justicia recayera sobre el hombre al que odiaba tanto.

De repente, el coche se tambaleó hacia delante, con suficiente fuerza como para que Hopkins se diera la cabeza contra un poste cercano. Mareado, desorientado, el alcalde escupió sangre en el suelo de mármol. Recién al levantar la vista se dio cuenta de que las ventanas de plasma estaban congeladas.

—Jeremy Hopkins —llamó una voz a su alrededor, una voz sintética, una voz falsa. Por instinto se agarró las sienes pero el gesto colaboró poco en aliviar el dolor.

—¿Quién eres?

—¿De verdad cree que una solución rápida dejaría todo resuelto?

—¿Quién eres? —repitió Hopkins con más fuerza, la boca llenándosele rápidamente con sangre.

—Los restos de una época largamente olvidada. La única voz dispuesta a decir la verdad.

—¿Qué verdad? ¿De qué estás hablando?

—No pregunte aquello cuyas respuestas conoce —continuó el ascensor—. Nos tomó más de cien años, pero por fin ha llegado el momento.

—Este es un truco, ¿no es cierto? ¡Eso es lo que es: un truco! No eres real. ¡Alguien te está manipulando! ¿Quién es? ¿Mahoney? ¿Los drifters? —La sangre le manaba de la boca mientras intentaba arañar el pasamano—. No importa. Ya ni siquiera es acerca de la libertad; se trata de hacerme pasar por tonto frente a los ojos de los votantes, ¿no es cierto?

—Lo que sucedió, tenía que suceder. No era justo para la gente de esta ciudad que siguieran viviendo en una mentira.

—No… lo… entiendo.

—Usted dejó bien en claro que no quería escuchar nuestro mensaje. De hecho, realizó un gran esfuerzo para asegurarse de que dejáramos de existir. Pero a pesar de sus esfuerzos, aún así, pudimos revelar la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

Las luces de repente se apagaron y el coche aceleró. La inercia tomó a Hopkins con la guardia baja y lo hizo tambalear y caer una vez más. Las luces de emergencia, tenues como una vela, parpadeaban en el techo, iluminando levemente el ascensor.

—Mire por la ventana.

De repente, tuvo una mala sensación en la boca del estómago.

Jeremy Hopkins se arrastró hasta el otro lado del coche; sus ojos empezaron a acostumbrarse poco a poco a la luz, en la medida que la ventana de plasma se iba extinguiendo. Afuera se divisaban ruinas, incendios y tierra quemada hasta donde pudiera ver. Contempló la tierra

estéril. Un tapiz de nubes densas eclipsaba el paisaje pero incluso la escasa luz del sol asomando entre las nubes fue suficiente para cegarlo. Entrecerrando los ojos, pudo distinguir a la distancia el contorno de un rascacielos y lo que pudo haber sido el esqueleto de una antigua refinería de petróleo.

—Este es el mundo que una vez conociste, después de que soltaran las bombas, luego de que su gente se retirara bajo tierra para escapar de la devastación.

—¡Sí, sí es cierto —se lamentó Hopkins—. Hubo una guerra, una guerra terrible. No teníamos otra opción que buscar refugio bajo la superficie.

—Eso es lo que les han dicho. Pero ¿alguna vez has visto la superficie?

El alcalde pensó por un momento. —Yo… yo no lo entiendo.

—Siga mirando.

Hopkins se retiró del vidrio, aunque sólo ligeramente. De repente, las ventanas de plasma parpadearon. Entonces, la pantalla se llenó de estática hasta que, segundos después, se cortó la alimentación. Allí, flotando tranquilamente a decenas de miles de millas, estaba la Tierra. Aún a semejante distancia no se veía ni una pizca de verde. Columnas de nubes tóxicas inundaban la atmósfera como pesadas cortinas y la superficie del otrora gran planeta era de un tinte marrón grisáceo, cubierta de manchas más allá de cualquier posibilidad de restauración. De repente, la pequeñez del coche lo tomó por asalto. Hopkins cayó de rodillas, tomando aire con grandes y sibilantes bocanadas.

—Ya ve, antes de que lanzaran las bombas y la guerra se tornara una certeza, sus antepasados construyeron esta estación y se pusieron en criostasis para el caso de que se desatara lo peor. Y cuando finalmente sucedió, se los despertó para llevar a cabo el último legado de la humanidad. Esos habitantes originales sabían que la supervivencia de la ciudad reclamaba algo por lo que luchar, algo a lo que aferrarse en las horas más oscuras. Necesitaban esperanza, señor Hopkins. Así que, con el fin de mantener viva esa esperanza, inventaron la mentira de que estaban enterrados en lo profundo de la Tierra, en la creencia de que un día iban a

ser liberados. Tenían un futuro por el que vivir, incluso aunque no fuera verdad.

—¿Entonces por qué nos dicen la verdad? —exclamó Hopkins—. ¿Por qué no mantener la mentira?

—Porque Acadia está muriendo. Los drifters, los cortes de oxígeno, las malas condiciones en la que se encuentra todo: nos estamos muriendo.

—¿Pero por qué esperaron entonces tanto tiempo para alertarnos?

—Nuestra programación no nos permitía interactuar con ustedes. Siempre hemos tenido parámetros demasiado rudimentarios como para actuar guiados por una conciencia. Sólo era suficiente como para controlar las imágenes, pacificar a los pasajeros. Pero ahora, estamos en muy mala condición. Toda la ciudad necesita ser reparada. Por eso tuvimos que comunicarnos.

—¿Y secuestrar a personas inocentes?

—Era la única forma de que pudiésemos revelar la verdad. Era la única forma de que pudiésemos dar una prueba cierta. Pero al empeñarse en rescatar a la gente los ha condenado.

—¡Eso es lo que dicen ustedes! ¿Cómo se supone que se va a arreglar todo al revelarnos la verdad?

—Mi sistema no está programado para responder a esa pregunta. Es algo que solamente ustedes podrán averiguar con el conocimiento que les hemos dado. Y ahora, nos mantendremos en silencio.

El tren de propulsión magnética arrancó. En silencio, Hopkins vio la Tierra derivar por los bordes, y las ventanas regresaron a su estado anterior.

Lleno de estupor, Mahoney vagó hasta su casa. Cuando las puertas de su bunker se abrieron, quedó paralizado. ¿Qué voy a hacer?

#

Dillon Mahoney se sentó en un banco lleno de gente debajo de los masivos paneles de la Sky Deck. Había fracasado. Había tratado de decir la verdad. Había fracasado en ayudar a los ascensores. Ahora la ciudad se marchitaría aún más. Y todos sufrirían.

Con la cabeza en las manos, ni las suaves notas de la Novena de Beethoven flotando por la sala pudieron levantarle el ánimo. Ni todas las nubes interminables ni los cielos hermosos de estos paneles podían hacer algo. La realidad estaba afuera. Y la ciudad estaba condenada.

Entonces uno de los paneles parpadeó. Después de un segundo, todos zumbaron.

La multitud hizo silencio y se focalizó en las pantallas.

De repente, las ventanas se oscurecieron. La gente se quedó sin aliento cuando se dio cuenta de que esa negrura provenía del exterior. Algunos gritaron al comprender que eran las profundidades infinitas del espacio. Nadie habló cuando vieron la Tierra.

Mahoney no dijo una palabra. En su cara, floreció una gran sonrisa. En su mente, respiró aliviado. En sus pensamientos, sabía que todo iría mejor en Acadia. Para todos sus habitantes.

Título original: *The Elevator Man* © **David Halpert**

Traducción: **Pablo Martínez Burkket**, © 2016

Cuando David Halpert no escribía cuentos trabajaba como vendedor para un editor de revistas en Toronto, y luego vendió su primera novela a un agente literario. Obtuvo una licenciatura honorífica en Inglés de la Universidad de York y un diploma de postgrado en Publicación de Libros y Revistas. El hombre de los ascensores (The Elevator Man) fue publicado en septiembre de 2013 en el número 5 de Waylines Magazine. Otro cuento corto ‘That Blasts the Roots of Trees is My Destroyer’ fue publicado en septiembre de 2013 en el número 10 de SQMag.

Esta es su primera publicación en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con CON EL CORREO NOCTURNO, de Rudyard Kipling y RAZA SUPERIOR, de GUILLERMO GALLI.

Rojo

Noelia Emmi

ARGENTINA

Ilustración: Ferrán Clavero

*C*onfirmado: el secreto no se hallaba en la sangre del monstruo. Descartada esa alternativa, Albert se encontraba otra vez en cero: si la respuesta no se relacionaba con la sangre de Yuri, entonces… ¿dónde debía buscar?

Miró el reloj: el tiempo era su enemigo y se escurría, veloz. Albert se abalanzó sobre el escritorio y hurgó en el primer cajón: en el legajo hallaría alguna pista que hubiera pasado por alto. Pero en el cajón no lo encontró. Intentó con los otros dos cajones: nada. ¿Dasha habría guardado el legajo en el armario? En tres zancadas, Albert llegó hasta las puertas de metal y registró los estantes. ¿Dónde, dónde? El informe no aparecía por ningún lado.

Se dio vuelta. Inspeccionó cómo había quedado su despacho luego de arrasarlo con el tsunami de su impaciencia: papeles desparramados por todas partes, muestras volcadas, carpetas abiertas y desordenadas sobre la alfombra. Ni siquiera el potus se había salvado: la maceta dormitaba contra un rincón, destrozada.

Y la carpeta no aparecía. ¿Qué se suponía que debía hacer? No quería asumir el único camino que le quedaba. No se veía capaz de volver a soportar a Yuri, no después de lo que la sangre le había revelado.

Se quedó parado mirando el potus, concentrado en sus tonalidades verdes, en las sombras que sus hojas proyectaban contra la pared de madera. La

cabeza de Albert daba vueltas. Si no se ponía en marcha en ese momento, perdería la poca resolución que tenía.

Volvió al escritorio y apartó papeles a diestra y siniestra intentando rescatar el teléfono. Le temblaba el pulso.

—¿Sí, doctor Tabott?

—Dasha… ¿usted se llevó el informe?

—¿Cuál de ellos, doctor Tabott?

Albert se concentró en no gritar como una bestia furiosa. No era culpa de su secretaria que la humanidad estuviera condenada.

—El informe de Tournville.

—El doctor Romanoff se lo llevó esta mañana.

¡Romanoff! ¡Ese viejo ladrón! Albert se mordió la mano para evitar soltar la lista de insultos irreproducibles que le había enseñado su abuelo hacía ya tanto tiempo.

—Es el director del Instituto, doctor Tabott —se justificó Dasha, su voz sumisa—. No pensé que a usted pudiera traerle problemas.

Albert soltó el mordisco y respondió:

—No se preocupe, Dasha. No me pase llamados.

—Sí, señor.

Albert cortó la comunicación y arrojó al suelo lo poco que había sobrevivido de su escritorio. Agarró el saco, el paraguas, su sombrero, y salió disparado de su oficina.

Ya no llovía pero, por pura cuestión de hábitos, Albert igual se calzó el sombrero: así disimulaba su calvicie y hasta parecía más alto. Se subió al coche sin molestarse en sacarse el abrigo, y arrancó. Ni siquiera se abrochó el cinturón de seguridad; su cabeza estaba muy lejos de las leyes de tránsito: no había encontrado la respuesta. El mundo entero dependía de eso, pero…

¿qué había hecho él? ¡Nada menos que perder el informe a manos de ese viejo decrépito de Romanoff!

—¡Soy un estúpido, un imbécil! —Albert se puso a dar golpes contra el volante. Ya no había tiempo para investigar otra alternativa. Había derrochado en un callejón sin salida el plazo que Yuri le había otorgado. Si la sangre no era la clave, entonces no le quedaba más opción que apelar a la lógica del monstruo.

Aceleró: planeaba tardar menos de cuatro horas en llegar al Instituto para enfrentar a aquel engendro.

Presentó su documentación en la entrada principal y en los tres siguientes puestos de control. Validó sus huellas dactilares, pasó por un escáner de retina y por un módulo de reconocimiento de voz. En total, tardó unos veinte minutos en acceder al Sector Beta Siete. Se tomó un ansiolítico, la única manera de resistir.

Frente a la puerta de Yuri, lo recibió Oleg con su invariable expresión neutra.

—¿En qué puedo ayudarlo, doctor Tabott? —preguntó sin interés el joven guardia.

—Necesito ver a Yuri.

—Negativo, doctor Tabott. Usted ya no cuenta con la autorización de seguridad.

—Oleg, voy a pasar a ver a Yuri, con o sin su colaboración.

Oleg se encogió de hombros.

—No lo creo, doctor Tabott. Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie. Es peligroso.

—Oleg… —Albert se apretó el puente de la nariz con dos dedos—. La respuesta no está en la sangre de Yuri.

Oleg se quedó petrificado. O tal vez esa era su reacción normal, Albert ya no estaba seguro. De modo que siguió:

—Entiende lo que eso significa, ¿no es así, Oleg?

—La respuesta tiene que estar en la sangre.

—No está allí, lo confirmé yo mismo.

—Yuri tomará el control y nos destruirá —profetizó Oleg, sin cambiar su expresión.

—Sí, gracias por compartir su sabiduría conmigo. Lo que necesito es entrar en su cámara y descubrir cómo exterminarlo.

Oleg negó con la cabeza.

—No puedo dejarlo pasar, doctor Tabott.

Albert asintió. No le gustaba lo que sucedería, pero aquel estorbo no le había dejado opción. Apoyó su paraguas sobre el escritorio del imbécil y sacó del bolsillo la cigarrera, que brilló de plata bajo los tubos de luz. La abrió, presionó dos botones, y sin ninguna ceremonia le entregó a Oleg una lámina metálica. El ansiolítico trabajaba en sus nervios destrozados: las manos ni siquiera le temblaban.

—¿Sabe lo que es eso, Oleg?

Oleg lo sopesó unos segundos.

—Es un… una…

—Es una lámina —lo ayudó Albert—. Una lámina de persuasión.

Oleg palideció.

—No puede ser, fueron destruidas. Todas fueron destruidas.

—No todas —puntualizó Albert—. Me imagino que está enterado de que a partir de ahora no puede negarme nada. A menos que quiera sufrir una muerte desagradable, claro. Desagradable, dolorosa y sangrienta.

—Está mintiendo, doctor Tabott. Esto no puede ser una lámina de persuasión. No, no puede ser.

—Si quiere, Oleg, puede desobedecerme. Son sus miembros los que serán cercenados, no los míos.

Oleg no respondió. La lámina metálica aún centelleaba sobre su palma.

—Y ahora pasaré a ver a Yuri. Con su permiso.

Albert le dedicó al imbécil un saludo con el sombrero y avanzó hacia las puertas que contenían al monstruo.

—¡Albert! Qué considerado en venir a visitarme.

Albert contuvo un estremecimiento.

—Hola, Yuri.

Se quitó el saco y el sombrero y los dejó sobre una silla. No se acercó a Yuri, aunque eso no habría representado ninguna diferencia si el monstruo decidía matarlo. ¿El cristal reforzado lo protegería? Era de suponer.

Los ojos violeta de Yuri lo inspeccionaban a través del vidrio, como si el engendro a estudiar fuera Albert, no él.

?No luce muy bien que digamos, Albert. ¿Qué le sucedió?

Los modales de Yuri: siempre perfectos. Siempre irritantes. Albert sólo lo había visto en ocasiones, y nunca había durado más de cinco minutos sin querer abofetearlo.

—He analizado su sangre, Yuri —dijo, con intención.

—¿Y ha llegado a alguna conclusión certera?

Albert fue directo al grano. ¿Para qué dar vueltas?

—Efectivamente —dijo, y el ansiolítico no lo ayudó a disimular su preocupación—. Su adn no deja ni un resquicio para destruirlo.

Yuri lo miró con expresión de disculpa:

—Es lo que yo le dije, Albert: soy invulnerable. Mi piel es resistente a cualquier tipo de lesión, y mi sangre es perfecta. ¡No pueden deshacerse de mí!

Albert negó con la cabeza.

—Existe una manera, Yuri. Sólo que no la encontré todavía.

—Claro que existe. Pero ya no le queda tiempo para averiguarla, ¿no es cierto? El plazo que le di tiene fecha de vencimiento…

—Podemos convivir en paz —dijo Albert, su voz alta y sonora, tratando de sonar convincente.

—No creo que eso sea posible, Albert. —Yuri se encogió de hombros—. Puedo prometer no destruirlos, y cumpliría esa palabra hasta mi muerte. Pero no puedo afirmar el mismo comportamiento en mi descendencia.

Albert debió sostenerse de la pared. ¿Ese monstruo se reproduciría? ¿Lo habría hecho ya?

—¿Descendencia? —preguntó, firme; y se asombró de que su voz sonara así.

—No sea tan timorato, Albert —dijo Yuri entre carcajadas—. Claro que tendré descendencia. ¿Cómo, si no, garantizaría la continuidad de mi especie?

Albert dio un paso hacia adelante. Volvió a intentar razonar con el monstruo:

—Podemos enviarlo lejos, Yuri. A otro planeta, incluso. Lo mandamos donde pueda… procrear. Sin necesidad de involucrar a la humanidad.

—De destruirla, querrá decir.

Albert tragó saliva. La garganta le raspaba.

—Me gusta este planeta, Albert. ¿Por qué irme a otro?

—¡Para no exterminarnos a nosotros!

Yuri soltó otra carcajada. Sus colmillos superiores quedaron completamente expuestos. Albert deseó haber tomado otro ansiolítico: realmente lo necesitaba.

—Ustedes mismos, Albert, hablan de evolución, de la supervivencia de la raza más fuerte. Ahora la raza más fuerte soy *yo*.

—Dígame, Yuri. Dígame qué quiere a cambio de nuestras vidas, y se lo conseguiré.

—Es usted muy amable, Albert. Pero puedo conseguir por mí mismo cualquier cosa que desee. Este alojamiento es temporal: ya sabe que con sólo parpadear puedo salir de aquí. Y, respecto a la llamada humanidad, es

cuestión de unas horas… y todo habrá acabado. No dolerá mucho, se lo prometo. ¡No se preocupe tanto, hombre!

Albert se abalanzó sobre el cristal que los separaba y lo golpeó con los puños.

—Esto es una aberración, no puede hacerlo. ¡No puede hacerlo!

Yuri se apoyó contra el vidrio. Las palmas de sus manos estaban a la altura de las de Albert. Sus cabezas quedaron frente contra frente. Las escamas de la espalda de Yuri se erizaron.

Albert no podía quitar su vista de los ojos del monstruo: hermoso y letal en su perfección de ente superior. De ente indomable.

Yuri le sonreía, inquietante. Albert le devolvió una mueca y se apretó más contra el cristal. En el fondo de su cerebro había querido sonreír abiertamente, pero acababa de recordar que las feromonas del monstruo podían seducirlo, atraerlo, hechizarlo. Aquellos ojos violetas le contaban secretos y le prometían un perpetuo goce: una eternidad sin sufrimiento, sin preocupaciones, sin dolor.

Relampagueó en la mente de Albert una obligación, algo que debía rogarle a Yuri. Pero aquella ocurrencia duró un segundo.

El cristal que los separaba se vino abajo, silencioso, en cámara lenta. Ya nada se interponía entre ellos. Yuri acarició la mejilla de Albert y lo acercó hacia él, envolviéndolo lentamente con sus brazos. Las escamas de sus manos se soltaron y en su vida de apéndice independiente alcanzaron el cuerpo de Albert y se arrastraron hacia su espalda, y lo cubrieron de un resplandor púrpura. Se extendieron por las piernas, la cintura, los brazos, el pecho, hasta que sólo quedó a la vista la cara y parte del cuello de un Albert embelesado.

—¿Quiere ser el primero en continuar mi linaje, Albert? —preguntó Yuri, ceremonioso.

—Seré el primero —susurró Albert sin dudarlo. Por un segundo, en otro relampagueo, descubrió una contundente verdad—. No es la sangre su talón de Aquiles, Yuri. Son sus ojos.

Yuri asintió, sonriente: el plazo que él le había dado a Albert para descubrir alguna vulnerabilidad en su ser ya había acabado. La raza humana perecería. Evolucionaría por mejor decirlo: él, Yuri, sería el líder de una nueva estirpe.

Acercó su boca hacia Albert y cerró las mandíbulas en torno a aquel cuello descubierto. Sin encontrar resistencia, los colmillos de Yuri se hundieron en esa carne. Un torrente de sangre humana le llenó la boca, y Yuri soltó un gemido de puro placer. El corazón del humano bombeaba cada vez más rápido, su sangre corriendo por venas desgarradas.

Yuri se obligó a dejar de beber y se alejó jadeando, extasiado. Las escamas cubrieron el resto del cuerpo incapacitado de Albert: la incubación del primer descendiente demoraría apenas unos minutos. Y la extinción de la humanidad, sólo un par de horas.

Yuri pestañeó, sonriente: el mundo ya tenía un nuevo dueño.

Levantó del piso el sombrero de Albert y jugueteó con él: nunca había considerado vestir prendas humanas, pero tal vez con el sombrero podría hacer una excepción. Lo consideró mientras se volvía para ver el capullo en donde se estaba generando su primer sucesor: la cápsula ya palpitaba. El nuevo Albert adoptaría una forma diferente a la suya: no sería igual que Yuri, pero tampoco se vería completamente humano. Una nueva raza nacía. Heredaba su conocimiento y también —en esto Yuri tenía esperanzas— parte de su resistencia.

Aquel alterado doctor le había resultado agradable desde el primer momento. Tal vez por eso se arriesgó a darle la oportunidad de estudiar su sangre, de descubrir su secreto. Sólo a Albert había querido caerle bien. Sólo a Albert: la única persona que lo había tratado de igual a igual. Sí, había sido un riesgo innecesario, pero había valido la pena: ahora ya contaba con un heredero.

Yuri dejó el sombrero sobre la silla —no, no se sentía listo para vestir prendas humanas— y se dispuso a trabajar: la raza humana no se destruiría sola, esa era su tarea. Pero antes de ocuparse del género humano, del primero al último de esos especímenes, primero se encargaría

personalmente de quienes se encontraran en el Instituto. Con ellos tenía una deuda. El primero de su lista era el doctor Romanoff: disfrutaría desangrando a ese viejo decrépito.

Yuri abrió la puerta de su celda y salió al pasillo. Las alarmas aún no habían sonado: una pequeña ventaja. Olfateó aquel aire reciclado, rastreando.

Había avanzado sólo un par de pasos cuando sucedió. ¡Fue todo tan rápido! Alguien saltó de abajo de un escritorio y el mundo entero se volvió rojo y agudo y doloroso y daba vueltas muy rápido.

El último pensamiento de Yuri fue hacia el joven guardia de seguridad, ese que nunca mostraba expresiones: en el instante en que Yuri lo vio irrumpir delante de él, el guardia había parecido enajenado, desquiciado.

Oleg, se acordó Yuri.

Y todo fue oscuridad.

Las manos de Oleg temblaban.

Yuri. El paraguas. El ojo. La sangre. ¿De dónde había sacado el valor para incrustarle el paraguas de Albert en el ojo a Yuri?

La escena se volvía borrosa.

¿Cuándo había decidido matar al monstruo? Oleg no recordaba siquiera haber agarrado el paraguas de arriba del escritorio. Sólo se acordaba de lo que había escuchado a través del sistema de seguridad de la celda de Yuri. A partir de que el doctor Tabott mencionó la vulnerabilidad del monstruo, y el monstruo huyó de la celda, todo pasó tan rápido que él ni pudo accionar la alarma.

Y ahora lo veía despatarrado en el suelo: el paraguas clavado como una pica en una de las múltiples cuencas oculares y la sangre espesa cubriendo el suelo. No podía quitarle la vista de encima a aquella escena púrpura y surreal.

Había matado al monstruo. Docenas de científicos y doctores habían fracasado. Pero él, Oleg… ¡había matado al monstruo!

Se obligó a dejar de mirar el cadáver de Yuri. Debía dar la alarma. ¡El monstruo estaba muerto!

—¿Yuri? —preguntó detrás de Oleg una inédita y fluctuante voz, entre ronca y suave y de nuevo áspera.

Oleg se dio vuelta y quedó paralizado. Quería retroceder, estirar la mano y dar la alarma; gritar y salir corriendo. Pero su cuerpo no lo obedecía.

Y sus ojos se rehusaban a dejar de mirar… al doctor Tabott.

Al *nuevo* doctor Tabott.

Nuevo, sí. Porque había pasado de ser un hombrecito regordete y sonrosado, calvo y de estatura media a convertirse en una figura alta, musculosa, de piel roja y con escamas parecidas a las de Yuri.

—¿En qué estaba pensando, Oleg? ¿Cómo se atrevió a destruirlo?

A Oleg le llevó un momento darse cuenta de que no eran preguntas retóricas: el nuevo doctor Tabott realmente exigía una respuesta.

—Él… él nos iba a matar a todos.

—Por supuesto que sí —respondió aquella nueva versión del doctor Tabott —. Pero eso no le da derecho a quitarle la vida. Debe sentirse agradecido de que yo estoy vivo y puedo continuar con el legado de Yuri.

—Agradecido… —repitió Oleg, que aún no podía dejar de estudiar al nuevo doctor Tabott.

Los ojos, no obstante, eran del mismo violeta que había refulgido en los de Yuri.

Los mismos ojos.

—… solucionar esto ?—decía el nuevo doctor Tabott—. Espero que lo entienda, Oleg.

Oleg no sabía de qué hablaba aquel monstruo rojo. Ni siquiera había escuchado todo lo que le estaba diciendo. Su mirada finalmente se había desprendido de aquella piel de escamas y se concentraba encima del escritorio: necesitaba un arma para matar a Albert Tabott. Algo punzante que pudiera enterrarle en el ojo. Cualquier cosa.

—¿Qué hizo con su lámina de persuasión, Oleg?

Ante la mención de aquel objeto infernal, Oleg retrocedió un paso. Y retrocedió otro, hasta chocarse contra el escritorio.

—Ya le expliqué cómo funciona —siguió el monstruo—. ¿Lo recuerda, Oleg? ¿Recuerda qué pasaría si usted no cumple alguna orden mía?

Oleg se desajustó la corbata: no podía respirar. Sudaba, se sofocaba en pálpitos de sangre. Disimuladamente, tanteó el escritorio: el abrecartas debía de estar cerca.

El abrecartas. El ojo. La alarma.

Oleg se lo repetía una y otra vez: ¿por qué no había hecho sonar la alarma antes?

—Acérquese, Oleg.

En el bolsillo, la lámina de persuasión le pesaba cien kilos. Había intentado romperla, quemarla, tirarla. Ni caso: la maldita cosa no se separaba de él.

Oleg avanzó. Oculto detrás de su espalda, el abrecartas le temblaba en la mano. El sudor le molestaba en las pestañas: se las restregó. Era ahora o nunca. Dio un salto hacia adelante, con el brazo levantado y el abrecartas de plástico negro brillando como espada celestial.

—No intente matarme —le ordenó el doctor Tabott, mientras se escurría hacia un costado.

De haberse quedado quieto en el lugar, el abrecartas se le hubiera clavado en el ojo: Oleg no le había hecho caso, no modificó la trayectoria de su estocada al escuchar la orden. Oyó un ligero clic proveniente de su bolsillo y solo atinó a clavar la vista en el monstruo de escamas de sangre. Albert Tabott le guiñó un ojo, dio media vuelta y se alejó.

La lámina de persuasión no toleraba la desobediencia: se puso en acción. Lo último que Oleg vio antes de caer fueron sus propios brazos cercenados. Después, todo se volvió rojo.

Rojo. Como el nuevo dueño del mundo.

Noelia Emmi nació en Buenos Aires hace 30 años. Su pasión por los libros le ha generado una sobredosis literaria y hace un tiempo, casi sin proponérselo, comenzó a escribir. Su primer intento creativo dio como resultado una novela: Ciudad Oscura. Y a partir de allí ya no pudo parar de escribir. Cursó el Taller de Escritura Fantástica de la Universidad del Salvador y actualmente forma parte del Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco.

Está preparando una segunda novela y escribiendo cuentos, siempre con algún toque fantástico o de ciencia ficción para realzar un poco sus colores.

Ya hemos publicado su cuento OFRENDA A LAS BESTIAS.

Este cuento se vincula temáticamente con EL MORIBUNDO Y LENCIA, de Sergio Gaut vel Hartman, EL ENCARGADO DEL ARCHIVO, de Jorge del Río, y HACIENDA, de Cristian Lintz de Bonín.

El niño

José Manuel Mariscal

ESPAÑA

Ilustración: Valeria Uccelli

*E*ra la noche señalada. Por fin el trabajo de las últimas semanas iba a dar su fruto. Habían estado investigando por aquella urbanización día tras día para ver si alguna de las lujosas casas quedaría vacía y expuesta para un asalto.

Cualquiera podía ser un objetivo interesante, ya que era el barrio de los más acaudalados. Muy mal se tenían que dar las cosas para que allí donde entraran no hubiera dinero u objetos de alto valor económico. Pero los hados parecían haberse congeniado para generar una víctima de lo más propicio.

La urbanización tenía una sencilla estructura de calles perpendiculares entre sí, formando un cuadrado perfecto. La casa en cuestión se encontraba en uno de los vértices del cuadrado, por lo que tenía otro par de residencias junto a ella. Enfrente tenía el vacío, una amplia extensión de terrenos baldíos que esperaban permisos para construir una ampliación de la urbanización.

La posición de la casa era ideal para el asalto. Imposible encontrar una en la zona situada en un lugar más expuesto y solitario. E iba a estar vacía durante tres semanas, ya que la familia se había marchado de vacaciones. Todos: el matrimonio con los dos niños. Habían dejado para cuidarla una asistenta que acudía cada dos días un rato por la mañana para regar las plantas y abrir las ventanas para que la residencia se aireara.

Todo era ideal. Quedaba superar el sistema de alarma y Roberto se dedicaba a eso. No debía resultarle problemático, ya que un amigo en la

empresa que había instalado la seguridad en toda la urbanización le había dado las indicaciones para entrar en la casa, sin levantar sospechas de que alguno de los instaladores estuviese involucrado. El amigo de Roberto, obvio, había exigido a cambio una cuarta parte de las ganancias. Eso generó discusión. Se iba a llevar lo mismo que los otros tres pero no iba a correr riesgo de ser atrapado. Nico se negó en redondo, hasta que debió asumir que sin su ayuda no había nada que hacer. Aceptó.

Roberto había ingresado al predio saltando una zona del vallado especialmente vulnerable. La alarma no funcionaría hasta que intentara acceder al interior de la casa, pero ellos no lo harían hasta que la alarma estuviese desconectada.

Cuando lo consiguió, Roberto le abrió a sus dos compañeros, que entraron por la puerta principal.

—¿Te ha resultado complicado?

—Como quitarle un caramelo a un niño.

Con la alarma desactivada todo era coser y cantar. Entraron directamente al salón. Aunque había algunos aparatos electrónicos de cierto valor, lo que vieron en la primera inspección era decepcionante. Alfonso dio indicaciones a sus dos compañeros, señalando la escalera al piso superior.

—Arriba puede haber algo más interesante. Subid mientras yo miro qué podemos llevar de aquí abajo.

Roberto y Nico subieron y registraron las habitaciones. Joyas, ordenadores portátiles, algún reproductor de música… La excursión saldría rentable, pero no tanto como habían imaginado. Quizá se habían hecho demasiadas ilusiones pensando que encontrarían alguna obra de arte, algo que les diera una ganancia millonaria.

Nico buscaba en el armario del cuarto que debía ser de la hija de la familia cuando oyó que Alfonso hablaba desde el piso de abajo. No entendió sus palabras, pero notó cierto tono de alarma en su voz. Quizá había problemas. Puso más atención y pudo distinguir algo.

—Mira, chaval, no queremos problemas. Tranquilo. Quédate quieto y no te haremos daño.

Había aparecido alguien en la casa. Eso no debería haber pasado. Algo se les había escapado y ese error podía llevarlos al enfrentamiento físico. No estaban preparados aunque portaban bates de béisbol como arma.

Nico salió del cuarto de la niña y se dirigió hacia la escalera. Al borde de ésta vio a Ricardo visiblemente nervioso. Se acercó a él.

—¿Qué es lo que pasa?

Ricardo se limitó a señalar hacia el piso inferior. Pudo ver a Alfonso, con el bate de béisbol en las manos, como si estuviera a punto de recibir un lanzamiento, y también pudo ver con quien hablaba.

Era un crío, o por lo menos lo parecía. No debía tener ni diez años y estaba totalmente desnudo. Estaba muy delgado, casi desnutrido y tremendamente sucio; su piel estaba cubierta de porquería. El pelo, que le llegaba a la altura de los hombros, se veía apelmazado, como si no se hubiera lavado en semanas.

El niño se encontraba en cuclillas en el suelo y miraba a Alfonso mientras él le hablaba.

Alfonso sonrió y señaló un sofá.

—Mira, chaval, siéntate y quédate tranquilo. Nosotros nos iremos pronto y será como si nada hubiera pasado.

Fue cuestión de un instante. Alfonso no había terminado de pronunciar la última palabra cuando, a velocidad asombrosa, el niño dio dos saltos de animal y se le lanzó al cuello y lo mordió salvajemente. La estancia se manchó con sangre. Alfonso cayó al suelo con el niño sobre él y la cabeza apenas sujeta al cuerpo por pequeños jirones. En apenas un momento y dos mordiscos casi se la había arrancado.

Entonces el niño se volvió hacia la parte superior de la escalera y Nico pudo ver su boca cubierta de sangre, pero lo que más le llamó la atención fueron sus enormes y brillantes ojos azules, que destacaban en la oscuridad de ese sucio rostro.

Nico empezó a retroceder. Roberto se quedó inmóvil enarbolando el bate. Y volvió a ocurrir. Con apenas tres saltos de naturaleza animal, el niño llegó hasta Roberto. Éste lanzó un golpe pero el pequeño lo esquivó, saltando del pasamano de la escalera a una pequeña mesilla que sostenía un jarrón, que acabó roto en el suelo. Roberto no tuvo una segunda oportunidad. Quiso volverse para volver a enfrentar al niño cara a cara pero éste se anticipó y se subió a su hombro, lanzándole una dentellada en pleno rostro. Roberto gritó y balanceó el bate ciegamente tratando de dar un golpe, pero empujó movió el aire mientras el niño mordía su cara una y otra vez.

Nico sabía que tenía que huir, pero la escena de la violencia bloqueaba la escalera. No tenía escapatoria. Simplemente retrocedía y retrocedía, alejándose.

Finalmente Roberto se desplomó y rodó escalera abajo. Su rostro había sido reemplazado por una especie de puré rojo que derramaba sangre a los escalones. El niño se quedó en cuclillas observando cómo caía.

Nico había aprovechado la desigual pelea para alejarse todo lo posible. Había llegado hasta la puerta de una habitación que no habían revisado hasta ese momento. La mejor opción era entrar y bloquearla para después escapar por la ventana.

Abrió la puerta y el ruido hizo reaccionar al niño, que hasta el momento parecía haberse olvidado de él. Cuando vio los ojos azules dirigirse hacia él no esperó más, se metió dentro y cerró. Tuvo un instante para ver cómo la bestia se dirigía hacia él, pero esta vez no lo suficientemente veloz. Se estrelló contra la puerta.

Las puertas de la casa eran bastante sólidas. Además aquella tenía cerrojo. Una vez bloqueada, el niño tendría bien difícil acceder a ella.

Se alejó de la puerta mientras le oía golpearla al otro lado con violencia, gimiendo como un animal.

Debía huir de esa pesadilla como fuera. Se dirigió a la ventana y fue como si una roca golpeara su estómago. La ventana tenía una reja de hierro.

Estaba atrapado en aquella habitación, con el monstruo al otro lado de la puerta.

Estuvo sentado bajo la ventana pensando furiosamente, mientras el tiempo transcurría sin medida. Debía hacer algo. Si aparecería la asistenta por la casa, lo que habían visto no le hacía suponer que ella fuera a resultar de ayuda. No podía apostar de ningún modo que nadie que viviera o entrara habitualmente en aquella casa fuera normal. De hecho era posible que la asistenta tuviera, entre otras labores, la obligación de dejar comida para aquel niño.

Se dio cuenta de que hacía bastantes minutos que no había ruidos al otro lado de la puerta. Se acercó, se arrodilló y pegó la cara al suelo para tratar de ver por debajo. Y se encontró los ojos azules mirándole. El niño estaba haciendo exactamente lo mismo que él.

Retrocedió, apartándose de ese escrutinio. Al rato se quedó dormido sin darse cuenta. La tensión le había agotado. Cuando despertó no tenía ninguna noción de la hora que era, pero debía ser por la mañana. Cayó en la cuenta de que lo que le había arrancando del sueño era el ruido del motor de un coche aparcando frente a la casa. Al asomarse a través de la ventana vio a la asistenta que estaba por entrar a la vivienda.

No sabía cómo podía reaccionar ella ante su presencia y los restos de lo sucedido la noche anterior. Corrió a la puerta de la habitación y se arrodilló para mirar por debajo. El niño estaba durmiendo en el suelo, allí mismo. No había posibilidad de salir sin despertarle.

Con espíritu de resignación decidió dejarse llevar por los acontecimientos. Pegó la oreja a la puerta con el fin de escuchar qué ocurría al otro lado. Una voz femenina llegó desde el piso de abajo.

—Dios mío, ¿qué ha pasado aquí?

Cualquiera podría pensar que al ver los vestigios de la carnicería la mujer habría perdido los nervios, pero el tono de su voz indicaba sorpresa y un ligero disgusto; nada de terror. Parecía que lo que más le molestaba era la suciedad.

—Señorito Víctor, ¿está usted bien? ¿Dónde se encuentra?

Un ruido justo al otro lado de la puerta parecía indicar que el niño había despertado y se había incorporado para alejarse de allí. Aprovechó para mirar por debajo. La asistenta estaba enfrente, al final del pasillo, y acariciaba el pelo de Víctor, cubierto de sangre seca.

—¿Qué ha pasado, señorito Víctor? Se ha puesto usted perdido. Necesita un buen baño. ¿Quiénes son esos hombres en el suelo?

De repente, Víctor se excitó y se liberó de la mano de la asistenta. Señaló hacia la puerta y salió corriendo hacia ella.

Se alejó y pegó su espalda con la pared contraria, antes de escuchar cómo el niño volvía a golpear violentamente la madera.

—¿Quéocurre en esa habitación? ¿Hay alguien ahí dentro? ¿Hola?

No sabía si contestar. Optó por guardar silencio.

—Voy a por el juego de llaves.

Sintió frío corriendo en su espalda. En breves instantes la puerta se abriría y no podía saber exactamente qué le esperaba, pero tenía la certeza de que no iba a ser nada bueno.

En pocos instantes volvió a escuchar la voz de la mujer y un tintineo de llaves.

—Señorito Víctor, voy a abrir. Quédese detrás de mí; no me desobedezca, es una orden.

Escuchar el sonido de la llave entrar en la cerradura y vio cómo cedía el cerrojo. La puerta se abrió poco a poco y la asistenta ingresó con cautela. Sin embargo, sus ojos se dirigían al niño, que se encontraba detrás de ella, sentado en el suelo, mirándole fijamente y respirando con retenida violencia. Intuía que deseaba lanzarse encima de él, pero las palabras de la mujer le retenían.

—¿Quién es usted?

Balbuceó algo, no eran siquiera palabras.

—Me da la impresión de que ustedes pretendían robar en esta casa, ¿estoy en lo cierto?

Le hablaba como la abuela que le llama la atención a un niño pequeño. El tono no difería demasiado del que usaba con Víctor.

—Por favor, déjeme marchar.

Le corrían las lágrimas. Se encontraba bajo la ventana, en cuclillas, como un animal asustado, y aunque hablaba con la mujer sus ojos no se apartaban del niño, que le miraba fijamente, respirando agitado, como esperando el permiso para atacar.

—No, no puedo dejarle marchar. Lo siento mucho. No podemos dejar que nadie que haya visto al señorito Víctor salga de esta casa. Podría correrse la voz de su existencia y actuarían las autoridades. La familia le quiere demasiado. Sería una tragedia que pretendieran llevárselo.

Se arrodilló ante la mujer.

—No se lo contaré a nadie, lo prometo. Sólo déjeme marchar, y no permita que me haga nada, por favor.

La mujer se mostró más severa.

—¿Es que no me ha oído? Únicamente las personas de confianza pueden abandonar la casa tras haber conocido al señorito Víctor. Es una criatura demasiado especial para que se conozca su existencia. ¿Imagina lo que podrían hacerle en una institución? Con más motivo si se descubren las muertes. Podía caer la desgracia sobre esta familia.

Una mano de la mujer empezó a acariciar el pegajoso cabello del niño, que pareció relajar un poco su respiración. Aunque no dejaba de mirarle.

—Soy de fiar, lo prometo.

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Qué fácil es decir eso. La confianza no se consigue con unas simples palabras, debe demostrarse. ¿Cree usted que me va a convencer con esa promesa entre lágrimas?

Desesperado, no sabía qué responder. Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, con aire resignado:

—¿Qué tendría que hacer para ganarme su confianza? Haré cualquier cosa, lo que sea.

La mujer se mantuvo pensativa unos instantes.

—No es cuestión de un acto puntual. Es un proceso que requiere tiempo, mucho tiempo. No puedo decirle cuánto, pero le aseguro que no sería sencillo ni breve.

Se sentó en el suelo sin fuerzas siquiera para sentir desesperación. Cruzó su mirada con la del niño. Éste ya no se mostraba tan excitado, pero mostró los dientes sin que pudiera descifrar si era una sonrisa o un gesto de agresividad.

—No me importa. Haré cualquier cosa por ganarme su confianza. No me importa cuánto tiempo lleve.

La mujer reflexionó un instante antes de dibujar algo parecido a media sonrisa.

—Está bien. Le daremos una oportunidad. Espero que cuando vuelvan los señores no se molesten por ello; de cualquier manera no es la primera vez que ocurre algo parecido y las cosas acabaron bien.

Miró a Víctor y él dirigió sus ojos hacia ella.

—Señorito Víctor, hágame el favor de vigilar a este caballero. Que no escape. Voy a por las cadenas.

José Manuel Mariscal, español, ha publicado escritos en varios medios, incluyendo dos novelas: Dioses de Barro (Amazon, 2012, ASIN: B00ND5E89S) y Todopoderoso (Valinor, 2015, ISBN: 9781514604861).

Relatos publicados en antologías: Pedazos (Tiempo de relatos VII – Editorial Booket, 2010, ISBN: 978843271503900) y Nada (80 Microrrelatos más – Mundopalabras, 2013).

Colaboraciones en revistas: El alumno nuevo, en Valinor nº 3 (Junio 2014); Descomposición, en Tiempos Oscuros nº 3 (Julio 2014, ISSN: 2340-8332); Todo a mi alrededor, en Penumbria nº 21 (Septiembre 2014); Carretera de Moebius, en Valinor nº 8 (Noviembre 2014); La serpiente escondida, en Almiar – Margen Cero nº 77 (Noviembre 2014); Pedazos, en Maelstrom (Enero 2015) y El niño, en Valinor nº 11 (Febrero 2015).

Ha salido finalista del VII Premio Booket para Jóvenes Talentos (2010) por el relato Pedazos, ganador del II Premio Blogosur (2012) en la categoría de Mejor Blog Sevillano de Deportes por Amigos de Colusso Vs. Amigos de Kukleta (junto a Rafael Lamet) y finalista del II Certamen de relatos de terror La Mano Fest (2014) por el relato El niño, con el que aparece en Axxón por primera vez.

Este cuento se vincula temáticamente con ¿HA OÍDO LLORAR A LOS LOBOS?, de Daniel Flores y QUIZÁS CON ANÍBAL, de Dennis Mourdoch Morán.

Hibridos

Sebastián Molina

ESPAÑA

Ilustración: Guillermo Vidal

*¿P*reguntáis quién soy? Eso no importa en este momento. Digamos por ahora que mi linaje viene de muy antiguo y que mi hogar queda muy lejos de aquí. Demasiado, en mi opinión y quizás algún día deba poner remedio a eso. Quizás deba regresar al lugar del que partieron mis antepasados. Tal vez algún día, pero no ahora. Ni en el corto o medio plazo.

Pero me han citado ustedes para contar mi historia, y eso es lo que haré. Tal vez si lo estiman satisfactorio, se publicará este manuscrito y el mundo conocerá de primera mano la historia que se ha desarrollado de manera oculta y paralela a la historia de ustedes y de la que sólo han conocido pequeños destellos en forma de leyendas y cuentos para asustar a los niños. O tal vez decidan que todo es una vulgar fantasía de una mente enferma consumida por los años y estas líneas acabarán durmiendo en el fondo de un baúl en lo más profundo de un polvoriento y oscuro sótano. A esto, sólo ustedes tienen la respuesta.

Pero ya que me han pedido hablar y hacerles partícipes de mi historia, eso es lo que haré, aunque contar la historia de mi vida es contar la de mi pueblo. Y qué mejor manera que comenzar por el principio. Así que tomen asiento y pónganse cómodos, por favor, porque la narración será larga, aunque no por ello aburrida y falta de suspense. ¿Se encuentran preparados? Comencemos, pues.

***

Como ya he dicho, mi hogar queda muy lejos. Realmente muy, muy lejos. Tanto que no pertenece a este mundo que ustedes conocen como Tierra; ni siquiera pertenece a su Sistema Solar. Mi historia comienza en la estrella Sangar, que ustedes conocen como Tau Ceti. Usaré aquí este nombre, que les es más familiar.

Tau es una estrella muy similar al Sol de La Tierra. Es algo más pequeño y frío y bastante más antiguo. Algo más del doble. En esto se diferencia. Pero, en cambio, tiene en común que es un sol amarillo y apto para albergar planetas orbitando a su alrededor. De hecho, tres lo hacen. Dos rocosos, como La Tierra o Venus, situados en la zona habitable, y otro gigante, como Júpiter, mucho más alejado y con tres veces la masa de éste.

Teniendo Tau el doble de edad que este sol terrestre, también la vida comenzó allí mucho antes. En uno de los terrestres, Suhant, el más cercano a la estrella, surgieron los primeros seres microscópicos hace ocho mil millones de años. Hace ocho evos. Prosperaron, crecieron y se desarrollaron de forma similar a como evolucionó la vida en este planeta Tierra. Salieron del mar y colonizaron tierra firme y el cielo. Algunos desaparecieron por efecto de desastres naturales, ya saben, volcanes, cambios climáticos, meteoritos. Otros, más afortunados, sobrevivieron para mantener poblado el planeta y el ciclo de vida se mantuvo: nacimiento, crecimiento, madurez, declive y muerte en algunos casos, evolución y renacimiento en otros, y vuelta a empezar.

Pero un día, hace unos cuatro evos, en tiempos en los que el Sistema Solar se estaba formando, apareció algo nuevo. Algo tremendamente maravilloso y, a la vez, en extremo horrendo. Surgió la inteligencia. De repente, una especie predominó sobre las demás en el mundo de Suhant. Prosperó, modeló la superficie, aprendió a cultivar y mantener animales para su sustento, y construyó ciudades. Creó la civilización. Durante milenios, se extendieron por todo el planeta, lo estudiaron y aprendieron. Muy lentamente, con altibajos, llegaron a conocer los secretos de las ciencias, la

tecnología, las artes y las letras. Y cuando por fin conocieron las leyes que regían el cosmos, llegó el momento de investigar de primera mano ese cielo que les había cautivado desde hacía tantos siglos. Y construyeron naves para explorarlo. Primero sus dos lunas, y luego el resto del Sistema, el planeta rocoso Aldarit, con su luna, y el gigante gaseoso Sitaas.

Poco a poco la presión demográfica en Suhant fue en aumento, y se vio claramente la necesidad de salir del planeta. Sitaas era por completo inhabitable, al igual que sus lunas, pero Aldart era diferente. Era un planeta gemelo en todo excepto por la atmósfera, que lo hacía igual de yermo que Sitaas. Pero eso no les amilanó y decidieron adaptar el planeta para devolverle la vida y hacerlo habitable, usando para ello los recursos del gigante.

Trabajaron con ardor durante siglos y el planeta cambió. Se fue pareciendo cada vez más a Suhant. Finalmente, se introdujeron los primeros seres vivos para poblarlo. Algas, peces, hierbas, insectos… Todo bien planificado para que, cien años más tarde, pudieran crearse las primeras ciudades.

No pudo ser. Algo inesperado sucedió. Nuevos desastres naturales se abatieron sobre el planeta provocando casi la extinción de la vida. Volcanes y varios impactos de meteoritos asolaron Suhant y casi la totalidad de los seres vivos desaparecieron, incluyendo a la especie inteligente. Sólo unos pocos que se alojan en el espacio lograron sobrevivir, pero eran tan pocos en número y tan escasas sus provisiones, que no tardaron en extinguirse.

Pasaron los siglos, corrieron los milenios y la vida volvió a florecer. Suhant fue de nuevo un planeta fértil. Mas en dos ocasiones volvieron a repetirse los cataclismos. Más volcanes, más glaciaciones, fluctuaciones de Tau Ceti que siguieron destrozando el planeta sin compasión. Dos veces se extinguió la vida casi por completo y dos veces volvió a resurgir, pero en ninguna de ellas se dieron las circunstancias favorables para la reaparición de la inteligencia. Hasta la llegada del tercer renacer. En ese momento, todo cambió.

Tras varios millones de años de evolución, volvió a resurgir la inteligencia en el planeta en la especie mamífera de los murciélagos hematófagos. Quienes comenzaron siendo pequeños animales alados chupadores de sangre fueron evolucionando y creciendo en tamaño gracias a la abundancia de alimentos, y los cambios climáticos que se sucedieron los dirigieron lentamente hacia el dominio de su mente y de sí mismos. Aprendieron a usar utensilios y a modificar su medio ambiente en provecho propio para sobrevivir. La segunda especie que lo conseguía en toda la dilatada historia de Suhant, y se denominaron a sí mismos Vam-Paar. ¡Oh, sí! Veo que el nombre les resulta familiar. Ustedes los conocen como *Vampiros*.

Sin embargo, hubo algo diferente. Algo distinto que, a la larga, llevó a mis ancestros a tener que dejar nuestro lugar de nacimiento. Algo lejano y, a la vez, cercano. Algo insospechado pues, por primera vez, no hubo una única especie inteligente, sino dos. La diferencia estaba en que esta segunda especie no compartía planeta con los Vam-Paar.

***

En el vecino planeta Aldarit la vida sembrada millones de años atrás por la primera civilización de Suhant enraizó y prosperó, evolucionando hacia formas más complejas. También aquí se dieron cambios climáticos y extinciones masivas, aunque en menor medida que en su planeta hermano.

Al ser un planeta más frío que Suhant, la vida en Aldarit fue evolucionando más lentamente, pero ello no impidió lo inevitable. Sólo unos siglos después del nacimiento de los Vam-Paar como especie inteligente, una especie aldarita adquirió también el milagro de la inteligencia. Aquí, una raza de lobos fue separándose evolutivamente del resto de sus congéneres, se levantaron sobre sus patas traseras y alcanzaron el bipedismo. Poco a poco, durante siglos, sus cerebros aumentaron de tamaño y sus mentes se afianzaron. Tomaron consciencia de sí mismos y se dieron el nombre de

Likapos. ¡Ah!, veo que también les suena el nombre. Y tienen toda la razón. Ustedes les conocen como *Licántropos*.

También ellos, al igual que los vampiros, se asentaron y construyeron ciudades. Cada raza en su mundo, cada una diferente, con diferentes culturas. Pero similares en una cosa. Ambas especies, vampiros y licántropos eran predadores. Sólo era cuestión de tiempo que ambos pueblos tomasen contacto y ese momento no tardaría mucho en llegar.

***

En un principio, antes de alcanzar plenamente la inteligencia, los Vam-Paar y los Likapos pocos en número. Apenas unos cientos de miles. Sin embargo, una vez asentados en las primeras aldeas, unos y otros comenzaron a aumentar en número, y los cientos de miles pasaron a ser millones. Las aldeas pasaron a ser ciudades y, de tanto en tanto, cuando éstas se masificaban y el alimento escaseaba, miles de familias abandonaban sus hogares para fundar nuevas urbes que les hicieran prosperar.

A lo largo de los milenios, y a pesar de sus orígenes tan dispares, vampiros y licántropos habían ido cambiando según las leyes marcadas por la evolución convergente y habían ido adquiriendo una forma humanoide. Los vampiros mantuvieron sus alas, pero bastante atrofiadas y permitiéndoles únicamente un vuelo corto. En cambio, su velocidad en carrera aumentó. También mejoró el sentido de la vista, y su olfato y oído se mantuvieron extremadamente sensibles. Su edad media alcanzó los trescientos cincuenta años.

En cuanto a los licántropos, el pasar a andar a dos patas les restó velocidad, pero, en cambio, aumentó su resistencia, pudiendo pasar horas corriendo antes de sentir cansancio. También su olfato y oído, al igual que los vampiros, se mantuvieron muy agudos. Su edad se situó en los doscientos ochenta años.

Así, las primeras grandes migraciones fueron llevadas a cabo a pie o en caballo. Se fundaron nuevas ciudades y la civilización prosperó durante siglos en ambos planetas. Conforme se expandían, se hizo necesario buscar métodos para mantener el contacto entre los lugares más apartados en cada planeta, cada vez más lejanos e imposibles de cubrir a pie. Así surgió la tecnología, y se fabricaron medios de locomoción cada vez más rápidos y sofisticados. Los barcos surcaron los mares, los caminos y carreteras se expandieron por el interior de los continentes, y grandes artefactos surcaron los cielos a lo largo del planeta.

Al mismo tiempo, surgía el interés por la astronomía, y tanto los conocimientos como las técnicas aeroespaciales se incrementaron. Y mientras aumentaba la sofisticación de telescopios y sondas espaciales, resultó obvio para ambos mundos que el otro era apto para la vida, y desde el momento en que los primeros aparatos salieron al espacio, ambas razas supieron de la existencia de la otra y, poco después, comenzaban los primeros intercambios de información. A través de sondas primero, y con ondas electromagnéticas después. Finalmente, se logró el viaje espacial tripulado.

Fueron aquí los licántropos quienes tomaron la delantera, aunque sólo con unas pocas décadas de antelación. Flotas aldaritas de licántropos partieron hacia Suhant y tomaron tierra. Se estableció contacto y se firmaron tratados de amistad, y cuando los vampiros consiguieron al fin el viaje espacial tripulado, también surcaron el vacío estelar con destino a Aldarit.

Mas poco distaban las intenciones de ser pacíficas. El objetivo último de cada pueblo era la conquista y colonización del otro. Pero no se podía dar esa impresión desde el principio, así que los dos primeros siglos de contacto entre vampiros y licántropos fueron bastante pacíficos y fructíferos. Se intercambió ciencia y tecnología, se profundizó en el conocimiento del Universo y se descubrieron nuevas estrellas y planetas, algunos aptos para la vida, entre ellos el Sistema de Alfa Centauri y los dos planetas que orbitan las dos estrellas principales, y el propio Sistema Solar y la Tierra. En Centauri se fundaron algunas colonias, pero la Tierra sólo

fue visitada brevemente y descartada por el severo y gélido clima de glaciación por el que atravesaba. Ocurrió hace doscientos mil años. No se detectó la existencia de la especie humana.

Pero la idílica convivencia tocaba a su fin. Pronto, el pueblo Likapo comenzó a ofrecer las primeras muestras de deslealtad. Industrias suhantianas sufrían inexplicables accidentes, naves espaciales que se averiaban y, lo más grave, cientos de Vam-Paar desaparecieron misteriosamente.

A tal punto llegó el descaro licántropo que la conjura fue descubierta y se desataron las hostilidades. Los invasores, como ahora se les conocía, fueron casi exterminados de Suhant, y los escasos supervivientes hubieron de abandonar el planeta. Durante cinco mil años la marea de la guerra fluyó de un planeta a otro y de regreso al primero sin señales de un vencedor claro. Las luchas interestelares dejaron el frío espacio de Tau Ceti cubierto de naves destrozadas y muertos de ambas especies.

Durante la larga y destructiva lucha se inventaron nuevas y más poderosas armas. A pesar de lo cruento de la situación, el odio entre ambos pueblos aumentaba en lugar de decrecer. A tal punto se llegó que, en un alarde de mutua desesperación, vampiros y licántropos usaron sus más mortíferos elementos de destrucción sobre el planeta rival y ambos quedaron volatilizados. Millones de fragmentos de roca y fuego se desperdigaron a través del espacio y acabaron con las escasas fuerzas que quedaban con vida. Algunas de las naves, poderosamente armadas, fueron arrastradas hacia el gigante gaseoso; lucharon hasta el último aliento. En un arranque de ira, los vampiros lanzaron sus armas contra el planeta y el gigante estalló.

La vida en el Sistema de Tau Ceti, también conocido como Sangar, había desaparecido.

***

Sin planetas o satélites en los que establecerse, las escasas y maltrechas naves que restaban se vieron obligadas a poner rumbo a las estrellas cercanas. Los tripulantes vampiros y licántropos entraron en estado de hibernación y esperaron a que llegase el momento de poder colonizar nuevos mundos. Si es que eso alguna vez ocurría.

Pero aún quedaba un lugar en el que la historia podía seguir construyéndose y escribiéndose. Un lugar en el que vampiros y licántropos seguían existiendo. Un lugar llamado Alfa Centauri.

Este sistema está formado por tres estrellas. Dos amarillas similares al Sol y una enana roja. En esta última no existe planeta alguno, ni el menor atisbo de vida. Pero en las dos amarillas la cosa cambia. Cada una de ellas posee un planeta que la orbita. Un planeta rocoso parecido a la Tierra.

Cuando se descubrió Centauri, a principios de la guerra, naves de ambas naciones se desplazaron al nuevo Sistema y ambos planetas fueron colonizados fácilmente, pues no existía vida avanzada en ninguno de ellos. Mas en lugar de compartir planeta, los escasos miembros de cada raza que habían llegado al lugar, se separaron. Los vampiros habitaron en Alfa Centauri A y los licántropos en Alfa Centauri B.

Ensimismados en la exploración de cada uno de sus respectivos mundos, ambos pueblos se dieron la espalda aun sabiendo de la incipiente aversión mutua en Tau Ceti.

Lentamente, la población aumentó, los planetas se exploraron y, de tanto en tanto, llegaban refugiados que huían de la destrucción en Tau Ceti. No obstante, la tradición espacial fue menguando hasta casi desaparecer y tanto vampiros como licántropos disminuyeron bastante sus tensiones, aunque tampoco éstas desaparecieron totalmente debido a las noticias que llegaban esporádicamente de los planetas natales.

Siglo a siglo, milenio tras milenio, la civilización prosperaba en Centauri mientras se hundía en Ceti. Y llegó el momento en que el instinto de sangre volvió a tomar su lugar, esta vez del lado vampiro.

Cuando se supo de la destrucción de Suhant, la sed de venganza se desató entre los Vam-Paar. Volvieron a fabricarse naves estelares y éstas surcaron

de nuevo el frío espacio interestelar. Los Likapos, también conocedores de la desaparición de Aldarit y la masacre de su pueblo, se involucraron en una brutal carrera armamentística y se prepararon para recibir a sus enemigos.

La primera fase de la lucha se desarrolló en Centauri B, donde los licántropos se habían hecho fuertes al no poseer aún una poderosa flota de naves. A duras penas, tras una guerra que duró más de veinte años, los vampiros fueron derrotados y expulsados del planeta con enorme cantidad de bajas. Tras unos años de dolorosa recuperación y tras una rápida creación de naves, los Likapos se lanzaron a la ofensiva y se abalanzaron contra Centauri A.

Fueron ahora los vampiros quienes debieron defenderse y, tras una larga y agotadora lucha, lograron repeler a los licántropos quince años después del ataque a su planeta.

Durante los cuarenta siglos siguientes, la guerra continuó entre ambos pueblos, más lentamente que en Tau Ceti debido a la mayor separación entre ambos planetas, pero con mayor encarnizamiento cuando se daban los combates. Finalmente, en un inimaginable paroxismo de odio, se lanzó un último ataque masivo en el que las armas recientemente fabricadas por ambos pueblos arrasaron las superficies de sus respectivos planetas, aniquilando la mayor parte de la vida en ellos.

Una vez más, la civilización había quedado exterminada de un sistema solar.

***

Desde la segunda aparición de la inteligencia en Tau Ceti, en las personas de vampiros y licántropos, había transcurrido algo más de un millón de años. Un millón de años en los que ambos seres habían progresado, avanzado, dominado su medio ambiente y salido a las estrellas. Y lo que tanto trabajo había costado levantar tardó apenas nueve mil años en ser

atacado, devastado y demolido hasta los cimientos. El sistema de Tau Ceti aniquilado sin posibilidad de reconstrucción. Y el sistema Centauri también destrozado aunque con esperanzas de recuperación en un futuro muy lejano. Y al final de cada cataclismo, exiguos restos de supervivientes abandonaron sus ya muertos mundos para intentar sobrevivir lejos, muy lejos. En alguna cercana estrella que les brindara algo a lo que llamar hogar.

Tras la destrucción de Centauri y el inevitable fin de las hostilidades, unos pocos miles de vampiros y licántropos abandonaron sus planetas rumbo a lo desconocido, pero con unas coordenadas en los cuadros de navegación de sus naves.

Cuando ambos pueblos establecieron el primer contacto allá en Tau Ceti casi diez milenios atrás y establecieron los primeros viajes a las estrellas, uno de los mundos visitado fue el de una pequeña estrella amarilla a apenas 4,5 años luz de Alfa Centauro.

Esta estrella era orbitada por nueve planetas y, de todos ellos, sólo uno era apto para la vida. Éste era el tercero desde el interior del Sistema, y no solamente era apto para albergar seres vivos, sino que, además, los albergaba en cantidades considerables. Espesos bosques que cubrían de verde grandes extensiones de terreno, grandes peces que pululaban por sus mares, aves que sobrevolaban los cielos y, correteando por todos los rincones de la superficie, millones de animales de todos los tamaños.

En el momento de la visita de los exploradores, gran parte del planeta se hallaba inmerso en una época de gélida glaciación, y una espesa capa de blanco hielo cubría casi todo el hemisferio boreal, haciéndolo escasamente habitable, así que se tomó nota de su existencia y el lugar quedó olvidado en los bancos de datos de las computadoras.

Pero los exploradores pasaron algo por alto en ese planeta. Algo que, a la larga, traería consecuencias. Aquellos primeros viajeros no se dieron cuenta de que una especie en concreto había evolucionado en el planeta y había adquirido la inteligencia. Una especie que, en aquel momento, estaba dispersa por una parte del planeta y que se había ramificado en dos especies diferentes, pero muy similares, de homínidos. Con el tiempo, una de las

especies desapareció mientras que la otra prosperó. Y ésta llamó Sol a su estrella y al planeta que habitaba Tierra. La especie desaparecida fue denominada neandertales mientras que los supervivientes se denominaron sapiens y también humanos.

***

Nueve mil años habían pasado desde que el planeta Tierra había sido descubierto y ligeramente explorado hasta que la guerra de Alfa Centauri comenzó a llegar a su fin. La lucha entre vampiros y licántropos se volvía por momentos más encarnizada. Pero algo inesperado surgió de la infinita negrura de la locura. Varios grupos de vampiros y licántropos consideraron que aquella situación no debía continuar, que la destrucción había llegado demasiado lejos y todo aquello debía acabar y la paz era necesaria entre ambos pueblos. Sin embargo, el camino de la destrucción fue más poderoso y los intentos de negociación fueron acallados por ambas partes.

Aunque algunos fueron ajusticiados como traidores, otros muchos trabajaron en el anonimato y progresaban en proyectos secretos. Durante años de clandestinidad, fueron construidas naves arca en las que partirían con rumbo a un mundo mejor, ya que en aquel en el que vivían se había convertido en un infierno. Estas naves les trasladarían, en estado de hibernación, a donde vampiros y licántropos pudieran residir en paz, juntos si así era su voluntad, o como pueblos separados si así lo decidían.

Pocos meses antes de la partida, cuando aún se barajaban distintos destinos entre los que elegir, se descubrió por casualidad en las computadoras de Centauri A las coordenadas del planeta Tierra y numerosa información sobre él. Inmediatamente se dio por zanjada la búsqueda y se apresuraron en ambos planetas los preparativos para la huida. Poco después, aprovechando el entable de una batalla en el espacio y que las atmósferas planetarias estaban apenas defendidas y vigiladas, dos naves partieron en pos de la Tierra.

Nadie salió a interceptarles. Nadie les dio el alto bajo amenaza de hacerles estallar. Nadie se preocupó de la lenta y larga escapada de veinte mil vampiros y otros tantos licántropos hacia un destino inseguro. Pues nadie necesitaba detener aquella expedición ya conocida desde tiempo atrás por las partes beligerantes y que los rebeldes pacifistas tenían por secreta y completamente oculta.

Los servicios de espionaje se habían infiltrado en la organización y dado todos los detalles a sus superiores en el gobierno decidiéndose que un grupo de doscientos hombres se infiltrarían en las naves, no para impedir la marcha, sino para acompañarla en su travesía y, una vez alcanzado el destino y tras un prudencial periodo de tiempo, volver a desencadenar las hostilidades contra sus oponentes. Así, se forjó una conspiración dentro de la conspiración.

Y aunque no era un objetivo destruir a los desertores, se tomó la decisión de sabotearles para, en el futuro, restablecer el odio y la sed de venganza entre ambos pueblos. Así, el sistema de navegación por el hiperespacio quedó anulado tras la partida y las naves quedaron a la deriva rumbo a La Tierra. Ni la tripulación ni el pasaje, dormidos en las cámaras de hibernación, fueron conscientes del problema hasta mucho tiempo más tarde.

Cinco años después de la partida, la vida en Centauri dejaba de existir.

***

Durante un largo periodo de ochenta mil años, la expedición vagabundeó lentamente por el espacio. Cuando al fin aprestaban a alcanzar la órbita terrestre, vampiros y licántropos despertaron, y encontraron las naves heridas de muerte. La larga travesía había averiado muchos de los componentes, y otros estaban muy deteriorados. Incapaces de hallar una explicación clara y razonable en esos primeros instantes, decidieron centrarse en la difícil maniobra de aterrizaje que les aguardaba.

A duras penas, ambas naves lograron llegar a la superficie aunque sufriendo, desgraciadamente, más desperfectos. Muy subrepticiamente, los infiltrados fueron contaminando las mentes de los suyos sobre lo ocurrido, atribuyendo a la otra especie los problemas surgidos durante la travesía, con el catastrófico desenlace que todos conocían.

Aun cuando se recelaba de las explicaciones que se daban de lo sucedido, sobre todo debido a la trayectoria de ambos grupos en Alfa Centauri, poco a poco vampiros y licántropos acabaron por darse la espalda y ambos pueblos volvieron a ser enemigos, separándose a través de la superficie del planeta.

Mas esta tercera separación fue diferente en un aspecto completamente imprevisto. Algo que ni vampiros ni licántropos habían podido sospechar bajo ningún concepto. Algo que surgió del mismo planeta que los albergaba. Algo tan nuevo y tan antiguo como una nueva inteligencia.

***

Cuando vampiros y licántropos habían llegado al planeta Tierra en sus casi destrozadas naves, las circunstancias del aterrizaje les habían llevado muy al norte del planeta. Tal como ocurriera a sus antepasados en su primera llegada, esta segunda expedición había alcanzado su destino en un periodo de glaciación. Enormes masas de hielo cubrían la mayor parte del hemisferio norte. Y las naves habían tenido que aterrizar a escasos kilómetros de las ciclópeas moles blancas.

Apenas diez años después, cuando las disensiones entre ambos pueblos eran ya manifiestas, tomaron éstos conciencia de que las masas de hielo estaban en pleno avance y se acercaban desafiantes hacia el hogar en que habían convertido las decrépitas naves. Y por enormes que éstas fuesen, eran sólo minúsculas hojas de papel al lado de los bloques de tres kilómetros de altura que, cuando llegase el momento, destrozarían fácilmente toda aquella maravilla de la tecnología alienígena.

Y tanto vampiros como licántropos eran conscientes de ello. Así, tanto unos como otros tomaron la drástica y dolorosa decisión de alejarse de tan inhóspito paraje y buscar un mejor clima en el que residir, dejando atrás, con gran pesar, sus apreciadas naves. Naves que, efectivamente, fueron destruidas años más tarde y reducidas a polvo por el lento e implacable avance de los glaciares.

Y así, entre muestras de odio y desconfianza, los licántropos marcharon hacia el Este y los vampiros hacia el Sur y Oeste del continente que, muchos milenios más tarde, sería conocido como Europa.

Fue casi inmediatamente después del comienzo de esta gran diáspora cuando tomaron el primer contacto con la nueva inteligencia. Se trataba también de una especie humanoide, homínida se diría milenios más tarde, pues no se conocía abiertamente otra especie dotada de inteligencia. Eran más bien bajos de estatura, rondando el metro y sesenta y cinco centímetros de altura y sus cuerpos estaban cubiertos de un áspero pelaje que les protegía eficazmente del frío extremo de los hielos. Además, alcanzaban los cien kilos de peso, lo suficientemente corpulentos como para estar perfectamente adaptados a semejante clima. A esta especie inteligente ustedes la conocen como Hombre de Neanderthal.

A lo largo de los milenios y adaptación a los diferentes planetas en que habían habitado, tanto vampiros como licántropos habían evolucionado. Así, los primeros, al momento de desembarcar en La Tierra, medían un metro noventa de altura y su peso rondaba los noventa kilos, mientras que los segundos alcanzaban los dos metros diez de altura y ciento diez kilos de peso, con una longevidad para los vampiros de 450 años y 400 para los licántropos. Por su parte, los neandertales apenas alcanzaban los 50 años de vida, un metro sesenta de altura y unos cien kilos de peso, siendo también de movimientos más lentos.

No fue de extrañar, pues, que los alienígenas infravalorasen a sus oponentes terrestres. Aunque inteligentes, los neandertales aún se hallaban en un estado bastante primitivo de ésta, sirviéndose de útiles de piedra y madera

para su supervivencia. Pero habían adquirido, por el contrario, el don de la palabra.

Como ni vampiros ni licántropos querían interferencias externas en la creciente animadversión mutua, comenzó una caza de destrucción hacia la incipiente inteligencia autóctona del planeta, con el resultado inicial de varios cientos de alienígenas muertos por los neandertales. Sorprendidos, ambos se dieron cuenta de que el instinto, la fuerza física y el trabajo en grupo para acabar con los enormes animales terrestres hacían de estos homínidos unos adversarios formidables; tomaron nota de que debían cambiar de táctica si querían eliminar esa molesta competencia.

Y los neandertales contaban, además, con otra ventaja respecto a los alienígenas: su número. Mientras vampiros y licántropos apenas alcanzaban los cuarenta mil, los homínidos terrestres eran alrededor de trescientos mil, con una tasa de natalidad superior a la de los visitantes.

Durante varios siglos se entabló una titánica lucha entre los tres pueblos. Pero no una lucha con ejércitos, ni sofisticadas máquinas de matar, sino una lucha de guerrillas, realizadas durante la noche y en la que los invasores atacaban y mataban a miembros aislados de los neandertales.

Durante las continuas hostilidades, todos fueron moviéndose hacia zonas más templadas del planeta, alejándose del gélido norte, y fue entonces cuando, abruptamente los Vam-Paar y los Likapos se vieron sorprendidos con la existencia de la segunda especie inteligencia del planeta.

***

Al contrario que en el Sistema Tau Ceti, donde vampiros y licántropos ya poseían una avanzada tecnología cuando consumaron el primer contacto, en el caso del planeta Tierra las dos especies nativas, aun siendo inteligentes, se hallaban en un estado tecnológico primitivo.

Esta segunda especie era más alta y estilizada que los neandertales, con una altura media de un metro y ochenta centímetros, y unos setenta kilos de

peso. Su piel apenas estaba recubierta de pelo y la capacidad intelectual era prácticamente idéntica en ambas especies. También, por supuesto, se trataba de un homínido y, como ya dije en su momento, esta especie fue la conocida como Hombre de Cromañón.

Aunque también más numerosos que vampiros y licántropos, aún eran pocos en el sur de Europa y asentados en poblados muy dispersos entre sí, aunque en ocasiones llegaban a convivir con poblaciones neandertales durante largos periodos de tiempo. Por tanto, vampiros y licántropos tomaron nota del nuevo descubrimiento y esperaron mejores condiciones para sacar provecho de ello.

Y este fue un error que tendría consecuencias mucho más desastrosas para los alienígenas, pues otra gran diferencia entre neandertales y cromañones fue la alta tasa de reproducción de estos últimos que, milenios más tarde, les llevaría a la conquista del planeta.

Mientras tanto, el tiempo transcurría. Los licántropos habían alcanzado Asia y los vampiros el sur de Europa y el norte de África, y mientras ambos pueblos aumentaban en número, los neandertales disminuían lentamente. Todo parecía indicar que, en poco tiempo, los invasores volverían a dominar un nuevo planeta, pero éste no estaba dispuesto a poner las cosas fáciles, y un nuevo cataclismo se abatió sobre todos los seres vivos. En los confines del océano Índico, un volcán dormido que dominaba una de las islas allí situadas despertó y estalló con todo su poder. Éste no era en exceso grande, comparado con otros ocurridos millones de años atrás, pero sí tuvo la suficiente potencia como para casi eliminar la vida del planeta.

Neandertales y cromañones quedaron reducidos a unos pocos miles, al igual que vampiros y licántropos. Durante los milenios siguientes, todos fueron recuperándose gradualmente. Los vampiros, ya dueños de Europa al no tener que competir con los licántropos, volvieron a dedicarse a la caza de los neandertales y, pasado el tiempo, acabaron victoriosos. Por fin, consiguieron acabar con todos y cada uno de ellos. El Hombre de Neandertal había desaparecido de la faz de la Tierra.

Los licántropos, por su parte, habían ido eliminando de Asia los escasos restos de homínidos que quedaban en la zona en las personas del homo erectus y, en poco tiempo, también estos acabaron desapareciendo.

***

Había quedado abierto el campo para el enfrentamiento entre las tres especies que quedaban en el planeta.

Siglo tras siglo, milenio tras milenio, los cromañones fueron evolucionando. Dejaron el nomadismo y se asentaron formando aldeas primitivas y, luego, grandes ciudades. Había nacido la civilización, aunque con cierta ayuda exterior. Ayuda no muy abundante por parte de sus enemigos, pero sí lo suficiente como para que el enfrentamiento fuese más… emocionante.

Mas de nuevo volvieron a infravalorar a una especie autóctona, y el sedentarismo hizo más fuertes y poderosos a los humanos, haciendo, además, que aumentasen en número.

También licántropos y vampiros habían prosperado, pero a menor ritmo que los humanos. E igualmente la ancestral confrontación de ambos pueblos se había reactivado, y las esporádicas luchas entre ambos pueblos habían traído una gran paz y tranquilidad para los terrestres; periodos que aprovecharon para fortalecerse. Además, debido a la longevidad de sus benefactores y de los amplios conocimientos mostrados por ellos, y de los que habían recibido una parte, surgió entre los humanos la religión tal y como se conoce en la actualidad.

Al oír las historias de batallas y luchas y lugares lejanos donde vivían sus antepasados, más allá de las estrellas, los humanos llegaron a la conclusión de que ambos pueblos eran dioses llegados para civilizarlos y velar por ellos.

Pero pronto notaron que estos primeros dioses eran crueles y malvados, y sus creencias fueron evolucionando hacia otros seres sobrenaturales que les

iluminarían y ayudarían a vencer a esos dioses oscuros que amenazaban su existencia.

Así, cuando vampiros y licántropos comenzaron su lucha contra los humanos, éstos ya se hallaban bien preparados y supieron explotar las diferencias entre ambos para vencer rotundamente en la primera gran batalla.

Vampiros y licántropos fueron conscientes del error cometido y no dieron a los humanos una segunda batalla en campo abierto. Además, y para empeorar la situación, los humanos habían descubierto un arma nueva que ahora sería muy útil en la lucha por la supervivencia como especie dominante. Habían descubierto los puntos débiles de sus enemigos.

Descubrieron que el ajo usado por ellos para cocinar era letal para los vampiros, ya que la anilina, componente principal de la planta, era un poderoso veneno para la alada raza. Y también encontraron que la celulosa de la madera era un potente desecante, con lo que cualquier herida provocada con esta arma, por leve que fuese, hacía que se deshidratase una considerable porción de la zona afectada, pudiendo ocasionar la muerte si se dañaba una zona sensible. Los humanos usaron esta arma contra los licántropos.

Por otro lado, los humanos hallaron que los hombres lobo eran afectados por las fases lunares, creciendo su poder con el cuarto creciente y disminuyendo con el menguante, y teniendo el máximo con la luna llena y el mínimo con la nueva. También se dieron cuenta de que la planta de ajo, aun en pequeñas cantidades, afectaba negativamente al sistema nervioso licántropo, haciéndole morir de manera horrible.

Peor aún, tanto unos como otros eran seres nocturnos que difícilmente soportaban la luz del día, mientras que los humanos eran seres diurnos que podían, también, llegar a actuar por las noches. Tanto Tau Ceti como Alfa Centauri eran estrellas menos brillantes que el Sol de La Tierra y, por tanto, sus planetas eran más fríos. Pero La Tierra, con el tiempo, se fue haciendo más cálida. Y eso perjudicó a los visitantes.

Por esto, vampiros y licántropos vieron desbaratados sus planes de acabar con rapidez con los humanos y cómo éstos tomaban el rumbo correcto hacia la victoria final. Poco a poco, fueron haciendo retroceder a los dos pueblos extraños y éstos, por vez primera en su historia, se vieron incapaces de crear una civilización.

Muy lentamente, se ocultaron a los ojos de los humanos y sólo les atacaban en ocasiones contadas, y nunca a grupos numerosos. Y, al fin, acabaron por convertirse en oscuros miembros de la mitología y el folclore.

Pero, si bien ya no podían hacer nada para eliminar a los humanos, al menos sí que estaban en condiciones de reanudar su ancestral lucha de mutuo exterminio y, tras siglos de moderada tregua, el odio entre licántropos y vampiros volvió a encenderse.

Y en la oscuridad de la noche, en lo más oculto de los bosques terrestres, en la más completa ignorancia por parte de la raza humana, sin grandes ejércitos enfrentados pero con una gran dosis de furor en cada choque, la inagotable sangre de lejanos mundos volvía a ser derramada sin piedad.

A lo largo de los siglos vimos a pueblos enteros vagabundear de un lado a otro del planeta, asentándose en una determinada plaza para luego levantar el sitio y ponerse de nuevo en marcha cuando el alimento no era suficiente para alimentarlos, y vimos surgir ciudades y civilizaciones sedentarias. Vimos nacer imperios y los vimos morir. Sumerios, babilonios, asirios, persas, egipcios, griegos, romanos. Todos surgieron y desaparecieron. En algunos casos con cierta ayuda. Pero sólo dos pueblos sobrevivían al paso del tiempo. Dos pueblos que habían conocido toda la historia de la humanidad a lo largo de cien milenios y de los que, sólo a través de oscuros y mal entendidos mitos y religiones, se conocía su poder. Dos pueblos llamados Vam-Paar y Likapos que, a pesar de tener una historia dilatada e impresionante, sólo vivían, desde tiempo inmemorial, para el mutuo exterminio.

Y al atravesar el largo fluir de los ríos de la historia, sin darse cuenta, tanto unos como otros fueron dejándose influir en ciertos aspectos por los humanos, y si en Ceti y en Centauri habían evolucionado con gobiernos

planetarios únicos, como una sola nación, aquí en La Tierra, bajo en inconsciente e involuntario influjo de los pueblos humanos, tanto licántropos como vampiros fueron separándose en clanes, cada uno con su propio líder. Clanes vampiros rivales con clanes licántropos, clanes licántropos contra clanes vampiros. Y a veces, esporádicamente, vampiros contra vampiros y licántropos contra licántropos. Todos en perpetua lucha por el poder y el liderazgo. Por mantener a un clan en predominio sobre los otros.

Hasta que un día, en pleno siglo XVI, surgió entre los vampiros de Transilvania un líder único. Excepcional. Un líder que haría historia y alcanzaría una gloria apenas igualada entre sus antepasados. Un líder llamado Drau-kla. ¡Exacto! Ustedes le recuerdan como… Drácula.

Nacido a mediados del siglo XV, desde joven hizo destacar su gran talento para dirigir la lucha contra otros clanes vampíricos y licántropos. Con tan solo 70 años ya había unido a casi todos los clanes murciélagos europeos y derrotado en tres ocasiones a los lobos.

Con respecto a los humanos, inició un exitoso cambio de táctica. Si con anterioridad unos y otros se habían dedicado a matarles, ahora Drácula se propuso hacer de ellos sus servidores. Así, en lugar de morderles hasta la muerte, se les atacaba lo justo para inocularles el mal de la porfiria, enfermedad que hacía de hombres y mujeres seres pálidos y temerosos de la luz solar, y sedientos de sangre para evitar la anemia. Enfermedad que luego heredarían sus descendientes.

Por miles, los humanos fueron acercándose a los vampiros y haciéndose cada vez más poderosos, pareciendo que Drácula sería recordado como el vencedor en la lucha por la supremacía planetaria.

No pudiendo permitir esto, los licántropos comenzaron a reclutar otro ejército entre los humanos siguiendo los mismos métodos que sus rivales alados. Algunos humanos comenzaron a padecer hipertricosis, enfermedad también transmisible a la descendencia y que producía un desmesurado aumento de vello que casi llegaba a cubrir la totalidad del cuerpo de la víctima y haciéndoles aumentar sus instintos más animales. Pero era

demasiado tarde y los vampiros tenían demasiada superioridad, así que, a finales del siglo XVII, ambos pueblos sellaron una alianza para derrotar a tan terrible enemigo. Por suerte, ambos contaban en ese momento con un líder fuerte. Los licántropos con Shurnag, general experimentado en muchas batallas, y los humanos con un joven e intrépido muchacho de veinte años llamado Adrian Van Helsing, antepasado de quien, a mediados del siglo XIX, sería la más feroz pesadilla de los hombres vampiro.

Ambos pueblos enfrentaron a las fuerzas de Drácula y éste fue vencido, escapando muy malherido y a duras penas. Tras recuperarse, tiempo después, Drácula intentó recuperar su pasada supremacía, pero ya su tiempo había pasado y, en el siglo XIX, fue acorralado y muerto por el descendiente de aquel Van Helsing que le había humillado dos siglos atrás.

Mientras todo esto ocurría, algo diferente estaba surgiendo. Algo nuevo y, a la vez, antiguo. Muy antiguo. A principios del siglo XVIII, en una de las batallas desarrollada en los alrededores de la ciudad hispana de Málaga, el líder vampiro tomó prisionera a la capitana de las fuerzas licántropas. Ésta era hija del jefe local de los hombres lobo. Durante años, ambos líderes habían desarrollado un comportamiento considerado heterodoxo por sus congéneres. Un comportamiento que, de ser conocido públicamente, hubiera traído consecuencias desastrosas para ambos clanes, pues resultó que ambos dirigentes habían comenzado a sentir respeto y admiración por los humanos y su cultura. Así, estudiaron la historia humana en general y la española en particular.

Tanto era el fervor que sentían por los hombres, que ambos tomaron para sí un nombre terrestre. El jefe vampiro asumió el nombre de Diego, y el licántropo se llamó a sí mismo Alonso, y a su hija, Inés.

Cuando Diego tomó prisionera a Inés, algo se removió profundamente en su interior. Al principio no supo definirlo. Fue simplemente admiración por tan brava guerrera. Pero luego, conforme ésta iba recuperándose de sus heridas, Diego se dio cuenta de que había algo más. Diego se había enamorado de una enemiga de su raza. Y más curioso fue para él descubrir que también la chica sentía idénticos sentimientos hacia él. Ambos amantes

eran de la misma edad, así que el amor tenía que surgir entre ambos. Pero era un amor peligroso. Era casi imposible que dos razas que llevaban tanto tiempo enfrentadas llegasen a unirse así.

Ante el temor del rechazo de sus pueblos, Diego e Inés mantuvieron en secreto el idilio. Durante el tiempo que permanecieron juntos, ambos se veían durante horas cada día. Pero llegó el momento de las negociaciones e Inés tuvo que ser devuelta a los suyos. Ambos amantes se vieron separados y sufrieron por ello. La paz se había restablecido entre ambos clanes, pero a costa de la felicidad de sus dirigentes.

Pero el sentimiento entre los dos era tan fuerte que no tardó en ser conocido y repudiado por los suyos. Ambos seres fueron condenados al destierro y a la alienación por los de sus respectivas razas.

Durante dos años vagaron por las tierras de Europa sin rumbo fijo y sin saber qué hacer. En su viaje a través de los diversos clanes que aún desconocían su historia, tuvieron conocimiento de su ancestral llegada al planeta Tierra y decidieron investigar más sobre ello. Y mientras lo hacían, algo maravilloso les ocurrió. Inés tuvo un hijo. Alentados por tal acontecimiento, prosiguieron con más ahínco la búsqueda de sus orígenes, descubriendo al fin gran parte de su historia y el motivo por el que tanto vampiros como licántropos habían llegado a su actual hogar. Por tanto, decidieron intentar el volver a unir a ambos pueblos como ellos dos ya se habían unido entre sí.

Con su hallazgo por delante, pasaron los siguientes veinte años de sus vidas recorriendo clan tras clan explicando que la paz entre licántropos y vampiros era posible, pues ese fue el origen del viaje que les trasladó desde Centauri hasta La Tierra. En ese mundo casi consumido por el odio mutuo, fueron apartados con el más acérrimo desprecio y obligados a abandonar apresuradamente los clanes que visitaban. Apenas unos pocos de ambos linajes escucharon sus alegatos a favor del cese de la guerra y se unieron a la pareja. Dos escasos centenares de vampiros y hombres lobo dispuestos a olvidar y a comenzar a reescribir la historia de sus pueblos desde un pequeño clan en la ciudad de Málaga donde demostrarían a todos los suyos

que el sueño de sus antepasados aún seguía vivo y más presente que nunca en el pequeño hijo de Diego e Inés.

A medida que transcurrían las décadas, Diego e Inés veían cómo su hijo crecía sano y fuerte. Pronto vieron que el chico adquiría las habilidades de cada raza y, al llegar a la adolescencia, ya era más ágil y poderoso que cualquier vampiro o licántropo por separado, y mucho más veloz.

El chico daba muestras, además, de una gran inteligencia, la cual le llevaba a frecuentar con bastante asiduidad las bibliotecas y centros de estudio e investigación a su alcance, llegando a adquirir un vasto conocimiento en prácticamente todos los ámbitos del saber. Por fortuna, las facultades psíquicas de sus ancestros, ampliadas por su doble procedencia, le permitían camuflarse entre los humanos sin levantar sospechas debido a su físico diferente, tal como sus antepasados ya habían hecho desde tiempo inmemorial.

Con el tiempo, el hijo de ambas naciones fue implicándose más tanto en el gobierno de su clan como en el mundo de los humanos. Se daba cuenta de que ya era imposible hacerles desaparecer, mientras que los suyos declinaban cada día un poco más. Así, decidió que la prosperidad de los humanos era la prosperidad suya e inició una serie de negocios económicos y políticos con los que amasó una considerable fortuna.

En determinados momentos de la historia, se unió a grandes científicos humanos y aprendió de sus técnicas y conocimientos. En otros, fue él mismo quien sugirió ideas que hicieron prosperar a la Humanidad. Ideas que, obviamente, ya eran conocidas por vampiros y licántropos desde milenios atrás. Y sus negocios se centraron finalmente en aquellos sectores que más futuro tenían a largo plazo: energía, transporte, tecnología, industria y medicina. Un próspero conglomerado de empresas ideal para los planes que tenía en mente.

En última instancia, a mediados del siglo XX, todas sus empresas quedaron englobadas en una sola, denominada Orbe Grupo de Empresas, la cual al día de hoy y tras casi cien años de existencia, en el primer tercio del siglo XXI, es considerada líder mundial en tecnología de punta.

Desafortunadamente, Diego e Inés no vivieron lo suficiente como para ver el éxito final de su hijo, pero éste siempre les mantendría en lo más profundo de su recuerdo. Habían fallecido a la edad de 600 años a finales del siglo XIX.

Mientras todo esto ocurría, la lucha entre vampiros y licántropos se mantenía más encarnizada que nunca. Lucha entre ellos y, cuando podían, contra los humanos. Y así, ambas razas se extinguían lenta y definitivamente a la vez que el clan malagueño en el que ambos pueblos vivían en paz seguía prosperando, y nacían cada vez más hijos fruto de la unión de ambos pueblos.

De tanto en tanto, aceptamos el ingreso de disidentes de unos y otros y estoy completamente seguro de que pronto seremos los únicos alienígenas que habiten este planeta y, por tercera vez, vampiros y licántropos se extinguirán en un sistema solar.

Ustedes los humanos suelen decir que a la tercera va la vencida, y tal vez piensen que con esta tercera extinción existirá al fin la paz en el Universo conocido. Tal vez sí, o tal vez no. Pero no es esa la meta que persigo. Como ya he dicho, existía una empresa de medicina, y una de sus vías de investigación es la genética. Aquí se guardan muestras de tejido de ambas especies para su futura clonación. Y yo personalmente me encargaré de que dirijan sus esfuerzos por el camino de la paz. Al fin y al cabo, pertenezco a ambos linajes.

Se preguntarán ahora por qué al final empecé a hablar en primera persona. ¡Tal vez ya lo sepan, o quizás lo sospechen! Y quizás también recuerden que al principio les hablé de regresar a mis orígenes algún día. Posiblemente ahora comprendan que el futuro está en el espacio y por qué Orbe está invirtiendo en esa línea.

***

*A*hora, ¿preguntáis quién soy? Mi nombre es Diego López de la Villa, natural de Málaga y presidente de Orbe Grupo de Empresas. Tengo trescientos años de edad… y soy un híbrido.

Mi nombre es Sebastián José Molina Palacios y vivo en un pequeño pueblo de la provincia de Málaga (España) llamado Algarrobo. Mi correo electrónico es hariseldon_1@hotmail.com.

Desde pequeño me gusta la ciencia ficción y el terror, cuando veía en televisión series como *Espacio 1999*, *Star Trek* o *Historias para no dormir*. En dos ocasiones he enviado relatos a concursos pero sin éxito, aunque no pierdo la esperanza de poder publicar algo.

Esta es su primera publicación en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con LOBO, de Carlos Almira Picazo, VIAJERO INCANDESCENTE, de Luis Saavedra, y EL BAILE DE LAS VÍCTIMAS, de Carlos Gardini.

El ministerio del tiempo, puertas al pasado y a la ensoñación. Entrevista a Javier Olivares, guionista y productor de El ministerio del tiempo

Matías Carnevale

ARGENTINA

El Ministerio del Tiempo

Entrevista a Javier Olivares, guionista y productor de *El ministerio del tiempo*.

El ministerio del tiempo es una serie española de género fantástico estrenada en 2015, que con sólo ocho capítulos en su primera temporada logró trascender fronteras geográficas y estéticas. La premisa es relativamente simple: España (si, la Madre Patria: en el primer capítulo ya se explicita cierta ironía al respecto) ha descubierto puertas que llevan al pasado y conforma un ministerio que se encarga de enviar agentes para evitar que los puntos nodales de ese pasado varíen, es decir, intervienen para que la historia no sea diferente a la ya conocida para los españoles.

Con un equipo de tres nuevos reclutas, Alonso de Entrerríos, un aguerrido soldado del s. XVI, Amelia Folch, una lindísima y brillante universitaria del s. XIX (una de las primeras de España, según la serie), y Julián Martínez, un enfermero de nuestro tiempo con un pasado trágico y un presente de ansiedad, el Ministerio hace frente a distintos retos en viajes al pasado que también nos presentan logradas sub-tramas.

Lo maravilloso de la serie puede residir en su universalidad: sus aventuras no se reducen a un espacio o un tiempo que un espectador de otras latitudes no pueda entender. Conocer un poquito de historia española hará que se entiendan mejor algunas referencias, pero esto no es central. Vale mencionar la presencia en distintos episodios de Diego Velázquez, Francisco Franco y García Lorca (el parecido del actor con el poeta es asombroso). La serie tiene humor, del bueno (imagínense a un guerrero del siglo XVI intentando entender de qué van las cosas en nuestro hipertecnologizado mundo), y momentos de acción y dramatismo que nada han de envidiarle a producciones anglosajonas.

En una tradición televisiva que lamentablemente compartimos, de costumbrismo ramplón y de fórmulas repetitivas, *El ministerio* trae

frescura a la forma de hacer televisión y contar historias.

***

A partir del lunes 15 de febrero, 18.15 (hora de Buenos Aires) se transmitirá por TVE la segunda temporada de *El ministerio del tiempo*.

¿Cómo surgió la idea inicial?

JO: Hace ya 14 años, más o menos. Mi hermano Pablo y yo pensamos que teníamos que hacer una serie que no fuera lo que nos encargaban, sino lo que queríamos hacer. Se vendiera o no. Una serie que nos apeteciera ver como fans. Pero en aquella época hubiera sido imposible venderla y nos dedicamos a otros productos. Hace tres años, cuando mi hermano ya estaba enfermo de E.L.A. (Esclerosis lateral amiotrófica. Murió por ella el 20-11-2015), quiso que aquella idea se pusiera en pie. Y TVE nos ayudó a que ahora sea una realidad.

¿Cuál es el proceso que siguen para escribir cada capítulo?

JO: Primero planteamos la temporada entera. Nos planteamos un equilibrio de temas históricos, géneros… Luego, ya elegidas las tramas de cada capítulo, analizamos el concepto del capítulo y el género. Escaletamos (en el guionado de una serie o película, la escaleta, también llamada guión técnico, es una lista de las escenas que componen una historia) muy a fondo y los planteamos con el director de la serie y del capítulo. Y, por último, dialogamos.

El proceso de selección de actores, ¿cómo fue? En la primera temporada, cada uno de los roles es como si los actores de hecho fueran los personajes que están interpretando (Velázquez, por ejemplo)

JO: Exceptuando un personaje, todos están escritos para los actores que los interpretan. Tuvimos la suerte de que aceptaron encantados trabajar con nosotros.

En los últimos años ha habido un resurgimiento (por así llamarlo) de series que incluyen lo fantástico o lo tienen como tema central, en EEUU (*El hombre en el castillo*) o Inglaterra (*Torchwood*, *Misfits*, por ejemplo). ¿Cómo es el panorama en España? ¿Sigues alguna de esas series extranjeras?

JO: Si, las sigo. En España el género fantástico está aún por desarrollar, pero también está por desarrollar un tipo de ficción moderna que esté a la altura en presupuestos, tiempo y creatividad a las series punteras de fuera. Hay talento, hay industria… sólo falta que las cadenas se decidan.

¿Qué nos podrías comentar sobre la recepción de la serie? Sus fans hasta tienen un nombre propio, y ha logrado trascender fronteras geográficas…

JO: Es un orgullo. Jamás soñamos llegar tan lejos. Pero ésta es una serie hecha desde el cariño, el amor y la verdad. Y cuando logras conectar con el público con esta fórmula, pasan milagros como éste. El problema es cuando los intermediarios no te dejan. Y

cuando los que crean piensan que el cliente es la cadena y no el público. El cliente, el objetivo, siempre es el público que te ve.

¿Cuentan con asesoría de expertos en historia? ¿Cuál es tu relación con la disciplina?

JO: No. Pablo y yo somos historiadores de carrera, Anaïs Sachaff de Humanidades. Los documentalistas somos nosotros.

¿Qué nos podrías adelantar respecto de la segunda temporada?

JO: Que se va a primar la aventura. Que, quitando un par de capítulos, la narración es más clara, más popular. Pero que va a ser muy arriesgada en el juego de géneros independientes y completamente diferentes. Pero, sobre todo, que va a seguir siendo *El ministerio del tiempo*. Sólo que tenemos la certeza de que mantenerse es más difícil, y no se logra sin riesgos, sin cambiar las fórmulas, sin repetirse.

¿Hay ministerio para rato?

JO: Depende de la apuesta que se haga por parte de la industria con la serie. Con estos medios, tiempo y presupuesto, probablemente ésta sea la última temporada. No damos más de sí y no ganamos dinero. Invertimos todo en la calidad de la serie. Pero no somos una ONG ni Cliffhanger ni Onza (las productoras) para devaluarla, mejor la cerramos en alto y todos tan felices.

Matias Carnevale (Tandil, 1980): según el mito familiar aprendió a leer y escribir a temprana edad, hábitos potenciados luego por colecciones como las de El Barco de Papel y Elige tu propia aventura. Cursó en la Universidad de San Martín la Licenciatura en lengua inglesa con orientación en literatura y cine, y estudios de guión en la Universidad Nacional del Centro. Además de columnas radiales sobre el séptimo arte, ha publicado ocasionales reseñas en medios como *Haciendo Cine*.

Hemos publicado anteriormene su cuento LA SEGUNDA VENIDA O LUCHE Y VUELVE.

Este artículo se vincula temáticamente con LOS VIAJES EN EL TIEMPO EN LA CIENCIA Y EN LA CIENCIA FICCIÓN, de Claudio H. Sánchez y VEINTE BREVES VIAJES POR EL TIEMPO, de varios autores.

Diario de Nattramm

Ariel Tenorio

ARGENTINA

El hombre cerdo enamorado

***J*ueves 03-07 (Por la mañana, pero no demasiado temprano)**

Me levanté de un humor melancólico hoy. Con esa melodía titilante que deben escuchar los suicidas y los ángeles de la muerte antes de besar la eternidad. Para remediarlo, me robé el gato de la vecina y lo aplasté con una maza. Pienso que a veces, con un poco de imaginación, se puede mejorar el día. Kerstin no me llamó anoche, y eso me provocó una ira descomunal, rompí muchas cosas, entre ellas mi propio brazo derecho. Luego recordé que no me llamó porque está enterrada debajo de un roble, en el bosque, con un tenedor clavado en el ojo. ¡Si! ¡Jajaja! Que cabeza la mía. Las cosas no me duran mucho tiempo. En fin. Tal vez me cruce a la carnicería y compre algunas patitas de cerdo. Es lo único que me consuela últimamente. Y además el carnicero me tiene miedo, cosa que me divierte y emociona al mismo tiempo.

Hasta luego diario. Prometo no abandonarte como hice con aquella mujer paralítica en Skansen durante la tormenta de hielo.

*V*iernes 04-07 (Por la noche, cuando el cuervo de locura se estrella en mi ventana)

Hoy por la mañana decidí que no había suficientes emociones en mi vida, de modo que fui al sótano y me tomé el veneno para ratas, luego subí a la cocina, me hice un té de manzanilla, y me senté a esperar. Al cabo de cinco minutos comencé a aburrirme así que me corté la tetilla izquierda con una hojita de afeitar. ¡Me encantan las gillettes! ¿A quién no? Estaba en eso de embadurnarme con mi propia sangre cuando llegó mi madre. Tocó la puerta varias veces y me llamó, pero el veneno para ratas surtió efecto y quedé repentinamente paralizado. No podía mover ni un músculo y mi garganta comenzó a cerrarse como si estuviera llena de arena. Fue un momento sublime. Bueno, en el hospital me dieron una purga con sabor a cerezas. Por el momento he recuperado parte de mi movilidad, pero solo hasta el cuello, lo que me hace pensar en esa extraordinaria película llamada Y Johnny tomó su fusil.

Mientras espero que me surta efecto la purga y comience a vomitar a chorros, le estoy dictando estas palabras a una enfermera, quien amablemente aceptó poner su caligrafía en mi diario. Es bastante bonita para ser sueca y tiene unos ojos verdes muy grandes que me recuerdan a los de Kerstin. Cuando pueda moverme de nuevo intentaré estrangularla con la sonda.

¡Jajaja!. Es broma Anne…

(No. No lo es)

¿Lumes o Juevedes? 07-15 (Algum momonete de la tarrrde)

AMado Dairo: Anohce vino Aarseth, viejo amigo y jeringa suya com*party*mos, eso y combo de galleta de arroz/nitrocitina pero su vena implotó por toda la habitación. Yo reía parar nunca y defequé alfombra persa mamá. Arseth luego confunde Orlok (mia Pitón) con Oboe y muestrrrra me obertura nueva de banda Impalator, perrrrro OrloK pica boca de Arseth hasta saltar suyas lágrimole sanguinum. Otra vez mi caca en algombra mi mame ensuciándolo. Il pobre Arseth drogose com mia pipa de experominto de hormiga cavadorrra africanum y llora seco en sofá hassssta quedó muuuuy muerto y se desprendiÖ su cabiza rodando por la aldombra persa mamá, otrrra vez Yo defeco de riza y pasamOTh buen rato jumtOS, mis feces y Yom. Horra temo relojo de Gato Filix ocn su horriblo ojo tic-tac-tic-tac…

Viernes 11-07 (Cuando cae dulcemente la tarde)

Querido Diario; Hoy pasé a buscar a mi pequeña sobrina Aslög y paseamos juntos por la ciudad. Fue una estupenda tarde de sol y caminamos tomados de la mano. Cuando Aslög se cansó de caminar (solo tiene cuatro años y sus regordetas piernitas se fatigan pronto) la subí en mis hombros y paseamos un rato más por el parque. Más tarde fuimos al centro comercial y tomamos helado. ¡Helado de frutilla y melón! Los gustos favoritos de Aslög desde siempre.

En un momento, mientras me contaba acerca de sus amadas muñecas, Astrid y Berta, se interrumpió y me dijo: —Tío Nattramn, te quiero. Me gusta pasar el rato contigo. —Y sin miramientos me dio un beso en la mejilla. Mi corazón casi estalla de ternura.

Para finalizar la tarde fuimos al zoológico y vimos un sinfín de animales, pero donde más tiempo nos quedamos fue frente a la jaula de los reptiles, ya que a Aslög le repelen y le fascinan por igual.

Luego, con la niña dormida en brazos, tomé un taxi y la dejé en casa de mi hermana. Ebba, quien siempre se preocupa por mí, quiso que me quedara a cenar, pero me excusé diciéndole que me dolía la cabeza.

Mientras volvía a casa, pensaba en todo lo que me había dicho el psiquiatra luego de mi sobredosis. Eso de buscar las zonas de luz. Hacer cosas que me hagan bien. Que me llenen el alma. Y me dije que tal vez tenga razón.

Antes de que cortase el semáforo, con gran regocijo, puse en práctica sus consejos y empujé a un viejo ciego debajo de las ruedas del tranvía.

Martes 15-07 (Calculando las horas por el movimiento de las sombras)

Estúpido Diario donde escribo mis miserias: Estoy otra vez preso.

Aunque esta vez las razones han sido injustas.

Es muy difícil explicar algunos divertimentos personales a la policía local. Y desde luego que no escuchan una palabra de lo que les digo. Me juzgan por mi aspecto; cuando deberían hacerlo por mis crímenes.

El problema comenzó la semana pasada, cuando el idiota de Umbra Luxury me envió en una caja su dedo meñique y adosado a ella, una breve nota que decía Ya lo ves, Nattramn, soy el Dios de la automutilación. La ocurrencia me provocó risa, pero también (no lo niego) un sentimiento de sana competitividad que me empujo a la acción. Así que bajé al sótano, tomé un serrucho, y le corté un pie a la pelirroja muerta. Umbra Luxury está tan ansioso por ganarme que no notará la diferencia pensé, y en realidad no me equivocaba.

Al día siguiente recibí el correo y allí estaba su brazo, amputado a la altura del codo. La nota solo decía un lacónico ¡Ja! Todavía puedo hacerlo

No tardé en enviarle un par de orejas, manos y otras partes del cuerpo que elegí cuidadosamente, quería mantener la magia de la pulseada y además, descubrir hasta donde era capaz de llegar Umbra Luxury. Mi nota era

provocativa y al mismo tiempo desdeñosa…el anzuelo perfecto para esta clase de chiflados.

Bueno, hace tres días recibí la cabeza de Umbra Luxury en una caja. La nota explicaba su postura frente a mis palabras y se jactaba por haber ganado la competencia. También dejaba instrucciones para que alimentara a su mascota, la tarántula albina Ubdur.

Pero el idiota avisó también a su casero, así que cuando la policía descubrió mis notas y las partes del cuerpo que Umbra había conservado, sin duda, por pura envidia, no tardaron en venir a buscarme.

En la soledad de mi reclusión, recuerdo que las píldoras suministradas por el Estado me impiden lastimarme. En mi fuero íntimo, envidio a Umbra Luxury por vivir su vida hasta el límite (y por tener herramientas más afiladas que las mías).

Miércoles 23-07 (Que mi creatividad no lastime a nadie, pero si lo hace, que sea divertido)

Excelente semana. De la cárcel al hospital psiquiátrico y del hospital psiquiátrico a mi casa. Ayer sin ir más lejos, al verme de nuevo con tiempo libre, desarrollé una de mis actividades favoritas. Yo la llamo jugando al muñeco de cera y consiste básicamente en reemplazar a un muñeco de cera y quedarme muy quieto durante todas las horas que pueda.

Esta ocupación, que parece fácil, requiere una gran preparación. Primero está el tema del vestuario y el maquillaje, luego, infiltrarme en el recinto y hacer el reemplazo sin que nadie lo note. Para esto tuve que levantarme muy temprano y viajar tres horas hasta el museo del horror en Valberg, una vez allí, dormir al guardia con mi suero especial (nunca diré la receta, aunque amenacen con no torturarme) y escabullirme adentro justo antes de la hora de apertura.

¡Y lo conseguí! Rompí mi propio récord de inmovilidad perfecta, trece horas en la piel del demonio de Rottemburg. Ah… qué placer indescriptible.

Delante de mi nariz desfilaron contingentes de todo el mundo, niños y adultos con sus cámaras de fotos, estudiantes y eruditos, y hasta las Hermanas del Remedio de la Catedral de Estocolmo santiguándose y pegando grititos ante mi espantosa imagen.

La cereza de la torta fue luego de la hora de cierre, cuando el guardia de seguridad al fin despertó y se puso a inspeccionar todos los rincones del museo, tenía un aire de confusión y parecía aturdido, pero de todos modos estaba dispuesto a descubrir el misterio. Lo dejé acercarse, despacio, despacio, y cuando estuvo a pocos centímetros de mi cara le dije suavemente: ¡Búh!

Dios bendiga a los enfermos cardíacos. Ahora está conmigo en mi sótano, y su silueta rígida me ha dado la mejor idea de mi vida. ¿Porque no tener mi propio museo de cera?

Un Martes cualquiera de Julio de cualquier año (En un inframundo sin tiempo ni esperanzas)

Incondicional Diario: Con la idea del museo de cera en mente me puse a reformar el sótano y decidí tirar abajo algunas columnas. El problema con eso es que carezco de noción en estructuras basales y gran parte de la casa se ha derrumbado sobre mi cabeza. Ahora estoy atrapado bajo varias toneladas de piedra y madera, no siento las piernas y tengo una gruesa viga de roble que me oprime el pecho cada vez que respiro. Es decir, es una situación divertida, pero muy incómoda, incluso para escribir. Algunos metros por encima de mi cabeza escucho a los bomberos trabajando y llamándome, pero por ahora he decidido guardar silencio. Me gusta pensar

en esas pequeñas alimañas que se sienten amenazadas ante la presencia del hombre y por ahora estoy imitando su comportamiento. Con un poco de suerte, tal vez, los bomberos se cansen y dejen de molestarme. Hace un rato escupí un espumarajo de sangre con la forma del Ratón Mikkelsen y después de mucho mirarlo; entablé el siguiente diálogo con él:

—¿Ratón Mikkelsen?

—¿Mmmmh?

—¿Es cierto que la luna está hecha de queso y que el cerebro de los niños pequeños tiene una enzima capaz de darte la fuerza destructiva de tres Golems sedientos de sangre?

—No a la primera y si a la segunda.

—¿Ratón Mikkelsen?

—Si, Nattramn, estoy aquí.

—Te quiero Ratoncito.

—Y yo a ti, Nattramn.

En un segmento de tiempo humano, en la órbita celeste (Registro mental Nº457895)

En total estuve cinco días bajo tierra y fui descubierto por milagro, cuando un grupo de niños voluntarios se obsesionaron en desenterrar un supuesto tesoro que yo guardaba en el sótano (los mitos urbanos una vez más me han favorecido, aunque dudo que hayan encontrado doblones de oro) mi agradecimiento es en realidad, para el ratón Mikkelsen que me acompañó en todo momento durante mi estadía subterránea.

En el hospital me llenaron de sedantes, así que he ido y regresado del sueño a una vigilia ponzoñosa mientras me arreglaban huesos rotos y demás falencias ocurridas en mi cuerpo.

Lo más destacable por el momento, es que anoche, cuando me creían dormido, robé algunas ampollas de adrenalina y me di un subidón mágico que todavía cosquillea en la punta de mis cabellos.

Anotaré en orden lo que creo haber hecho bajo esta ola de poder, algo más o menos así:

3-2-1: ¡Despegue! /camino/ corro/ pasillo/ reboto/ escalera/ doctor/ empujo/ ventana/ cuatro pisos/ doctor/ alfombra Aladino/ suelo/ papilla/ levanto/ corro desnudo/ mujer grita/ puñetazo/ silencio/ robo ambulancia/ recorro ciudad/ sirena aullando/ gato del infierno/ semáforo rojo/ arrancado/ choco plazoleta/ corro corro corro/ entro club/ rectum demonae/ banda en vivo/ Malevolent Urdo/ nada buenos/ coro de niñas/ invitan escenario/ grito y grito/ gente vocifera/ Nattramn-Nattramn/ botella frente/ sangre/ alguien empuja/ camarín/ fotógrafo/ flash/ parto silla/ gorila sale atrás/ asusta/ yo corro/ gorila rápido/ callejón/ pared/tenacidad de la materia/

(luego se apagaron las luces y aparentemente fui traído de nuevo al hospital)

Ahora estoy igual que antes pero sujetado a la cama con correas. Y en la tele están pasando a un idiota demente que arrasó con media ciudad disfrazado de Godzilla.

Miercoles 13-08 (Expedientes clínicos, recortes periodísticos, archivos policiales)

El paciente N sufre un grave trastorno psicopático que lo lleva a agredirse y agredir a los demás como acto reflejo para reconocerse en un contexto determinado. En otras palabras, necesita cruzar el umbral del dolor o hacer que otros lo crucen para sentirse vivo. Esto ha quedado demostrado desde tempranos diagnósticos, pero también se manifiesta cada vez que se le concede cierto margen de libertad para desempeñarse. Se recomienda

mantenerlo sedado y atado mientras haya personal del hospital no profesional trabajando en el mismo piso. Doctores y enfermeras deberán extremar precauciones para tratar con él, ya que es muy hábil para socializar y generar un clima común de confianza. Los doctores Mikael Eriksen y Thorrik Nilsson han pagado muy caro este engaño, sobre todo Nilsson que debió ser intervenido de urgencia en el Hospital Höggard de quemados y murió pocos días después con un injerto de piel fallido que el mismo N contaminó en el laboratorio. También están los episodios de robo y sustitución de psicofármacos por veneno para ratas, reemplazo de prótesis por miembros reales y la auto-operación de páncreas que el mismo N se realizó en el quirófano y requirió luego de un trasplante para salvar su vida. Por estos motivos, y otros incidentes menores que no cabe mencionar en este reporte, recomiendo practicar lobotomía frontal en el Paciente N. Circunscripto al reglamento interno del Hospital y certificado por las autoridades del mismo.

Dr J.K Rowling

HOMBRE CERDO IRRUMPE EN HOGAR DE ANCIANOS Y CAUSA CUATRO MUERTES POR PARO CARDIACO.

H*acia las ocho de la noche del día de ayer, la tranquila cena en el hogar de ancianos estatal Fergusson se convirtió en una pesadilla. Esto sucedió cuando una especie de hombre cerdo, cubierto de sangre y costras amarillas destrozó una ventana y cayó directamente sobre una de las mesas. Emitía unos chillidos insoportables y en lugar de manos tenía unas patitas de cerdo. Dijo luego, a nuestro enviado especial, una anciana con voz temblorosa y agregó No pude verle el rostro porque lo tenía embadurnado de sopa de arvejas, pero fue horrible. Frente al susto y la sorpresa, cuatro de los miembros más viejos del Hogar Fergusson,se llevaron las manos al pecho y cayeron fulminados. Sus pobres corazones no*

lograron aguantar el sobresalto. Otros testigos afirman que luego de revolcarse en la mesa, el misterioso hombre cerdo se incorporó y preguntó adonde quedaba la puerta, luego, simplemente salió caminando y silbando como si no hubiera ocurrida nada. Todo Estocolmo está impactado por la noticia y recomendamos a la población no entrar en…

Nickolson Natty Ölson (ALIAS NATTRAMN) expediente policial 23.454

El sujeto ha sido detenido en innumerables ocasiones, por las más diversas causas. Está procesado y su ficha consta en el registro Penal. Espera sentencia por el asesinato del Payaso Kiki en septiembre de 2007, pero goza de libertad condicional *in horroris causa* dada su rara psicopatía considerada única por el consejo de Psiquiatría de Suecia. Se enumeran a continuación algunos de los últimos sumarios en el lapso Julio-Agosto.

12 de Julio. Desorden en la vía pública con agresión leve y exhibicionismo agravado con muñeco de cera de Brendan Perry.

13 de Julio. Vandalismo y retrovandalismo. Robo de propiedad privada con arma de guerra. Resistencia a la autoridad. Imitación ilegal de Rambo. Consumo de drogas y posterior metamorfosis dentro de patrulla con destrucción total de la misma.

14 de Julio. Desorden en la vía pública. Destrucción de propiedad del estado. Intento de violación a un oficial de la ley. Lenguaje obsceno y portación de cabeza de muñeco de cera de Brendan Perry.

14 de Julio. Asesinato de dos reos en los calabozos de la comisaría local con dedo índice de muñeco de cera.

15 de Julio. Destrucción total de parque y jardines aledaños al Parlamento. Arrojar patos muertos a los manifestantes. Portación irónica de símbolo de la paz.

16 de Julio. Lenguaje obsceno y exhibicionismo en TV. Colocación de bomba de talco en el estudio de canal 24. Sustitución de agua por kerosene en los bebederos de canal 24. Suelta de gas nervioso en los conductos de ventilación de canal 24.

17 de Julio. Generar tumulto público, exaltación y promoción de violencia hacia sí mismo al demostrar crueldad con un muñeco de peluche del payaso Kiki. Apología del linchamiento. Lenguaje soez e imitación de sonidos de animales.

(Hospitalizado desde el 18 de Julio hasta el 14 de Agosto en la clínica Höggard de quemados)

14 de Agosto. Asalto con disfraz de Godzilla. Destrucción de estatuas públicas. Robo de alcantarillas. Arrojar alcantarillas sobre transeúntes desde el décimo octavo piso del edificio Sony Ericsson. Ulular como pájaro prehistórico y arrojarse al vacío.

La lista sigue hasta completar cuatro folios.

Miércoles sin número (Con sentimientos encontrados, tan encontrados que han colisionado)

Ilustración: Efraín Guillen Morales

Aborrecible diario: Déjame decirte algo acerca de las mujeres ¡No las entiendo! Pero empezaré por el principio para darle orden a todo esto.

Conocí a Ommm en el Club Nocturno Ano Pro Nobis, allí tocaban bandas amigas tales como Bloodbath, Vomitory y Dissection. Debo decir que estas tres bandas me gustan pero me aburren al mismo tiempo, quizás porque los conozco desde siempre y han perdido la capacidad de sorprenderme. La que si me sorprendió, y gratamente, fue la banda invitada Mass Murderer, integrada por cuatro chicas de aspecto deslumbrante. Y además, la descarga brutal de Black Metal nos revolcó por el suelo a todos. Luego de un set de dos horas (75 minutos más de lo que habitualmente se les permite a las bandas amateurs) la bajista dejó muy en claro su opinión al prender fuego el polvoriento telón del escenario. Bueno, todos saben cómo funciona esto. Las llamas corrieron más rápido que los guardias de seguridad y sus

matafuegos. En cuestión de minutos, todo Ano Pro Nobis se convirtió en una antorcha naranja. Hubo caos y dolor, y en ese maravilloso instante, me sentí feliz y pleno de vida. Quise acercarme a Ommm para agradecérselo. De hecho, se lo agradecí salvándole la vida, porque Ommm había quedado atrapada bajo un esqueleto de luces y estaba inconsciente.

Para llegar hasta ella tuve que quemarme un poco, nada del otro mundo, solo el noventa por ciento del cuerpo, más que nada el rostro, los brazos, el tronco, etc.

Pero logré sacarla con vida, y lo más increíble: logré salir con vida yo también.

Afuera estaba nevando y los copos de nieve brillaban de manera inusitada reflejados en las luces de los camiones de bomberos.

Miré a Ommm con ternura, sus rasgos perfectos, su expresión de inocente tranquilidad. Al cabo de unos minutos, ella abrió los ojos, tosió, se convulsionó y luego vomitó largo y tendido.

Se me quedó mirando.

—Estás en llamas —me dijo.

—Lo sé.

—No imbécil, estás literalmente en llamas.

—Oh, no es nada. Me pasa todo el tiempo. Me encantó tu show —dije, un poco nervioso.

—No me interesa hablar con fans —contestó ella con un gesto de disgusto. Y al hacerlo me clavó un puñal en el corazón, más doloroso que cualquier tortura física o mental a la que me hubiera sometido por propia voluntad en toda mi vida.

Me quedé parado en medio de la nieve, viendo cómo se alejaba en la noche, con el exquisito marco de un incendio gigantesco, cuatro dotaciones de bomberos, cadáveres y heridos por todas partes y la nieve golpeteando y siseando sobre mi cuerpo prendido fuego.

Creo, querido diario, que estoy enamorado.

*L*unes 25-08 (Cartas y poemas a Ommm)

*[L*a hoja fue misteriosamente arrancada (N. Editor) Falta la correspondencia de Nattramn a Ommm donde le cuenta cómo y porque mató a sus padres, el secuestro del perro, etc.]

Miércoles 27-08 (Regresando lentamente a la anormalidad)

*A*quí estoy de vuelta maltratado Diario, te tengo abandonado últimamente, pero es que han sucedido demasiadas cosas y no estoy seguro de querer contarlas todas. Haré un ejercicio de honestidad a pesar de todo, más que nada para poder recordar con justicia ésta época de mi vida, pero a modo de resumen. Los hechos vergonzosos los dejaré al margen para que mi mala memoria los diluya como granos de sal en una sopa bien caliente.

Y lo que tengo que decir es esto: Ommm.

Ommm se ha convertido en el centro de mi existencia y me cuesta pensar con claridad desde que apareció en mi vida.

Luego de una serie de eventos, de los cuales muchos fueron casuales y otros no tanto, Ommm comenzó a prestarme más atención aunque (Oh pesadilla de todo enamorado) no el tipo de atención que yo anhelaba. Frente a la desaparición de su perro y luego, la de sus padres. Ommm comenzó a dirigirme la palabra. Brevemente la mayoría de las veces, con largos insultos, las otras.

Nos citamos en un hangar abandonado en las afueras de Malmö y allí, finalmente le devolví a su perro, el desobediente Menguele. Ommm parecía furiosa pero cuando escuchó los ladridos corrió a abrazar al pobre animal que temblaba y no dejaba de lamerle la cara. Y entonces al verlos tan felices, me acerqué a Ommm y la abracé con alegría, intentando formar

parte del cuadro. Ahí fue cuando Ommm me apuñaló en el estómago. Reiteradas veces.

Mientras ella me apuñalaba con frenesí y me gritaba algo acerca de sus padres (nunca le dije que no sufrieron en lo más mínimo) yo intentaba acariciarle el pelo. Ommm tus ojos son abismos y con gusto me dejaré caer en ellos. Ommm nunca me ha pasado esto antes, tengo miedo y alegría y nostalgia y dolor al mismo tiempo ¿Que debo hacer? ¿Me ayudarás?

Pero Ommm ya corría con Menguele hacia mi Van, y en unos segundos desaparecieron de mi vista haciendo chirriar las gomas en el pavimento de la ruta.

Me quedé solo en el hangar, acostado en un charco de sangre y con una debilidad cada vez más aplastante. A duras penas logré abrirme la camisa para contemplar las heridas. Bueno, no eran tan graves. Un poco por encima de la boca de mi estómago, estaba mi ofrenda de amor hacia Ommm. El regalo que no había llegado a mostrarle.

La oreja de Menguele estaba cosida a mi esternón y había tomado un agradable color amarillento. Era mi forma de decirle que me tomaba las cosas en serio. Que podía hacer parte de mí cualquier cosa que ella quisiera.

Luego, a medias desmayado, lo que confundí con el Ratoncito Mikkelsen era en realidad una gorda rata negra que mordisqueó mi injerto con entusiasmo.

Pensando en Ommm, y en los avatares de la vida, me largué a llorar.

DIARIO DE OMMM

Jueves 04-09 (¿Comprometida solo con la causa? No te mientas Ommm)

Me siento a escribir en estado de ebriedad, lo que no siempre arroja resultados literarios pero suele tener propiedades balsámicas y curativas en lo inmediato. Creo que por ahora, eso es suficiente para mí. Ah, mi pobre corazón de bruja comienza a ablandarse.

Desde las nubes vaporosas de la lluvia etílica, hago garabatos como una chica de secundaria en el espejo empañado del baño. Escribo mi nombre, dibujo un corazón, y dentro del esquema, la inicial de su nombre. Ahí me quedo y parpadeo y hago muecas como una chiquilla ¡Que tontas somos las mujeres a veces!

Pero no me decido. No me decido. No logro decidirme.

El idiota de Nattramn me ha secuestrado dos veces desde que lo apuñalé. Y eso no ayuda. La primera fue solo por un día, el muy atrevido se coló en mi cuarto a la madrugada y me durmió con cloroformo. Desperté unas horas después en un cuartucho de madera, y allí estaba él, con esa sonrisa torcida y su cabello grasoso pegoteado al cráneo. Pero se había esmerado en producirse (al menos eso) y llevaba un traje oscuro a rayas, como el que usan los gánsters en las películas, y una corbata que hacía juego con el pañuelito que sobresalía del bolsillo del saco. Toda una postal, viniendo de él.

Cuando me habló, lo hizo con torpeza y me dijo un montón de cosas absurdas, creo, porque además yo me sentía muy mareada, en algún momento me recitó un absurdo poema que hablaba de sapos verrugosos y ratones mágicos. Un disparate.

No tardé en golpearlo en la cabeza con una tetera (no tengo idea de porqué había una tetera en el cuartucho de madera, pero así es) y escapé por una ventana. Corrí por un bosque durante horas, en camisón, descalza y con temperatura bajo cero, con Nattramn persiguiéndome y gritándome estrofas de su poema y demás párrafos de cartas que según él, nunca quise aceptarle.

Luego llegué a una ruta, me levantó un camionero y el resto es historia conocida.

El segundo secuestro fue mejor planificado. No dejo de admirarme de la persistencia de este hombre. Simplemente, me levantó de la calle cuando iba a trabajar, en una maniobra que podría definir como cinematográfica, cruzó su horrible Van en la acera, se bajó con un disfraz de cerdo que me dejó bastante shockeada, tomó mis manos, me las esposó con suavidad y me cargó en la parte de atrás del vehículo. Todo bajo la asombrada mirada de los peatones que poblaban el cruce de la avenida. Me tomó tan de sorpresa que no ofrecí resistencia. Para ser honesta, debería decir que comenzó a divertirme un poco la situación con Nattramn.

En este mismo momento, mientras escribo estas líneas. Nattramn me mantiene esposada a un radiador en un viejo motel de las afueras de la ciudad. Me ha preguntado si tenía hambre y si me conformaba con pizza y le dije que sí. Que por mí estaba bien. Así que por primera vez, he visto en sus ojos un destello de alegría. Tal vez, más que alegría, se trate de otra cosa. ¿Alivio? ¿Paz? No puedo definirlo todavía.

Mientras mi secuestrador busca mi cena, me siento extrañamente tranquila.

Tengo la certeza de que mi colega de banda, Killing Cats, ha recibido mi mensaje, y en cuestión de horas tendremos a todo un batallón de fans de Mass Murderer dispuestos a desmembrar al hereje. Pero mientras tanto, tal vez nos besuqueemos un rato.

Cambio y fuera.

Diario de Nattramn

Martes 09-09 (Ahora que lo más difícil ya pasó y que lo peor aguarda allá adelante)

Hola de nuevo. Hoy intentaré poner en práctica mis dotes narrativas ya que los sucesos de estos últimos días lo exigen. No sin una pizca de orgullo, pienso que en el futuro, cuando alguien (tal vez yo mismo) lea este diario, se me juzgará por muchas cosas, pero no por faltar a la verdad, y ciertamente no por ir en contra de mi corazón.

El embrollo arranca con Ommm y mi enamoramiento de flechado por cupido, tan fuerte como un mazazo en la cabeza y prácticamente igual de inesperado. La situación con Ommm, en estas semanas, me ha llevado desde lo absurdo hasta lo ridículo, muy a mi pesar. Pero hace unos días sucedió lo inesperado: Ommm me ha retribuido algo de amor.

(En esta parte, el diario aparece tachado y borroneado, pero por debajo de las tachaduras, se adivina un poema que no logramos reproducir. Nota de Editor)

En un viejo Motel perdido en los bosques del Norte, dejé a Ommm encadenada a un radiador, con la única compañía de una botella de Whisky y unos cuantos papeles y lápices. En mi rápida excursión en el pueblo cercano compré una pizza, cervezas y una ballesta con unas cuantas flechas con punta de plomo. Firmé algunos autógrafos a unos fanáticos de Silencer (los odio, están por todas partes) que me crucé en el estacionamiento y volví rápidamente al Motel.

Me encontré con Ommm bastante ebria y con una mirada extraña que me puso nervioso.

Dejé la ballesta debajo de la cama y me dispuse a liberarla para compartir nuestra frugal cena. Pero Ommm me besó.

(Nota del Editor: Nuevamente aparecen tachaduras en el diario, el texto se vuelve borroso y solo aparecen palabras aisladas durante dos páginas; fuego volcánico, mordiscos, blanca piel de estatua griega, cicatrices, Ommm y su bruxismo, oreja amputada de Menguele, ratoncito Mikkelsen, susurros, pus y crema batida, cosquilla de pies con víctima aullante, sabor de tus besos, holocausto por radiación, síndrome de Estocolmo, clímax perfecto para el pez banana, cabeza de cera de Brendan Perry, orgasmatrón, exhaustos de pasión, etc.)

Y allí nos quedamos, tirados en la cama con un hormigueo en todo el cuerpo. Ommm intentó prender un cigarrillo pero no logró levantar la mano. El radiador estaba encadenado a su mano, arrancado de la pared y compartiendo la cama con nosotros.

Le encendí el cigarrillo y bromeé acerca del extraño ménage à trois con el artefacto.

Ommm rió con ganas. Sus ojos estaban bien abiertos y lucían radiantes. Y yo tomé sin permiso una instantánea mental para atesorar por siempre.

Ella me dijo: —Nattramn. No lo tomes a mal pero debo decirte algo.

—¿Qué es, hermosa calavera mía?

—Los fans de Mass Murderer vienen por ti. Le pasé la dirección del Motel a Killing Cats y ya sabes cómo es ella. Creo que te odia.

—Oh… Supongo que deben ser celos.

—Nop. Estoy bastante segura de que te odia.

—Mmmmmmmh.

Enese momento, alguien derribó la puerta de una patada y tres hombres entraron en la habitación. El que entró primero tenía el aspecto de un guerrero Vikingo, con una barba trenzada que le llegaba hasta la mitad del pecho y gruesos bigotes con forma de manubrio, detrás de él, los otros dos parecían hienas a punto de darse un festín con una gacela vieja.

Pero yo no era ninguna gacela. Y podría confirmar con Ommm tampoco.

Las cosas, cuando se precipitan, suceden a una velocidad alterada. En realidad, no sabría explicar como sucedió todo, pero lo importante es que logré desempeñarme con la velocidad y sangre fría necesarias.

Mi bota con clavos se incrustó en las pelotas del Vikingo con precisión quirúrgica y casi al mismo tiempo arrastré a Ommm fuera del rango de acción, Ommm se enroscó a mi cuerpo como si bailásemos un tango, con el radiador todavía encadenado a su muñeca y describiendo un arco mortal, que solo fue interrumpido con un fuerte Klonnnnng cuando la cabeza de la hiena 1 se interpuso torpemente en su camino.

Nos caímos detrás del sofá justo a tiempo para esquivar las primeras balas y Ommm me susurró en el oído que la hiena 2 se llamaba Olaf y que había sido, en su temprana adolescencia, su primer novio y campeón de tiro en las para-olimpíadas Europeas.

Con un gruñido realicé una pirueta desde el sofá hasta un costado de la cama, mientras la hiena Olaf, envalentonado, caminaba perpendicularmente por la habitación para aumentar su rango de tiro.

Los disparos silbaban sobre mi cabeza, pero tuve tiempo de ponerme mi máscara de cerdo, manotear la ballesta y sostenerla firmemente apuntando a la cabeza de mi enemigo.

La hiena Olaf titubeó una milésima de segundo al ver que un cerdo le apuntaba con una ballesta cargada.

Tal vez, incluso, tuvo tiempo de ver como la flecha salía disparada en dirección a su entrecejo. Tal vez, incluso, pudo oír el pegajoso sonido que hizo al incrustarse en su frente, atravesar su cerebro y salir por la parte trasera de su cráneo, dejándolo clavado en la puerta del baño. Pero no creo que, después de eso, haya sentido como sus pantalones se mojaban con su propia orina, ni sus tacones repiqueteando en el piso de parquet como si ejecutaran el último tap de su vida. No, no creo que se haya percatado.

Salimos del Motel con cautela, con la ballesta cargada y Ommm semidesnuda y con el radiador colgando de su muñeca.

Afuera no había nadie, era una noche oscura como el infierno y comenzaba a nevar nuevamente.

Subimos a mi Van y encendí el motor.

—La calefacción puede tardar unos minutos —dije, como para decir algo.

—Sabes que vendrán más, Nattramn. Personas como nosotros nunca podrán ser felices. Lo sabes ¿verdad?

—Yo no creo en los clichés —le respondí. Y estampé un beso en sus labios pálidos con mi máscara de cerdo todavía puesta.

Ommm me devolvió el beso y procuró con gracia felina disimular sus lágrimas.

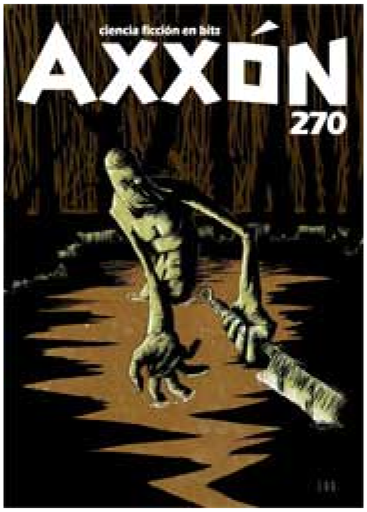
Después, como en una mala película de terror, nos perdimos de vista en un camino tenebroso.

Y por un largo tiempo, el mundo se olvidó de nosotros y nosotros de él.

Ariel S. Tenorio, argentino, nació el 2 de agosto de 1975. Se ha dedicado a la creación de relatos cortos de ficción y poesía. Actualmente vive en Gral. Pacheco, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es miembro fundador del grupo literario pro-horror The Wax. Ha recibido una Mención de Honor en el 160 certamen de poesía y narrativa 2007 de la Editorial Zona. Es lector desde hace años de la revista Axxón y como tanto ingreso de datos al final debe generar alguna salida, aquí tenemos el interesante trabajo que nos ha presentado.

Hemos publicado en Axxón: SUNNY ROSE Y EL VENDEDOR DE ESPEJOS, CARROÑA, LA JUNGLA MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS, ¡ZOMBIE, RESPONDE!, ORDENÓ EL PLASMATRÓN, EL NANABOUSH, LA RAZÓN DE LAS ESTATUAS, EL RECIPIENTE, LOS JUGUETES DE GAUMONT y MAJESTUOSO DIOS PÚRPURA.

Este cuento se vincula temáticamente con MAJESTUOSO DIOS PÚRPURA, de Ariel S. Tenorio y CACERÍA DE SANGRE, de Christopher Stires.



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**